

CORRESPONDENCIA

CHINA

El P. Ibañez y las Misiones de China

(Conclusión)

EL señor Vicario apostólico concluía su relación con estas palabras: «Dos días después salían para Fogán el P. Ibañez y el Bung-ló para arreglarlo todo conforme á lo pactado en Focheu con los mandarines y el señor Consul.»

En efecto, el 23 de Marzo estaba yo de vuelta en Fogán, habiéndome él precedido uno ó dos días.

A cualquiera se le hubiera ocurrido, que habiéndose pactado con toda formalidad, entre las grandes Autoridades y el Cónsul, las bases del convenio, lo primero que haría, sería ver el modo mejor de ponerlo en práctica; yo al menos en esta persuasión estaba. Sin embargo, ya verá V. R. qué caso hizo este mandarín del convenio ni de las Autoridades superiores, si es que no le dieron instrucciones ocultas por bajo cuerda.

El mismo día que llegué yo á la villa, le mandé mi tarjeta dándole aviso de mi llegada; y él, por toda respuesta, mandó un esbirro para notificarme que tuviese cuidado en no salir á la calle, porque si me sucedía algún desmán por parte de los gentiles, él no salía responsable ni podía dar protección.

Dicho Bung-ló volvió á Fogán avergonzado, corrido y lleno de rabia por lo que en Focheu se determinó; que como era contrario á lo que él antes de ir había prometido con tanta arrogancia á sus amigos los literatos, el miserable no sabía qué hacerse. Después me enteré

bien y supe que así que volvió á Fogán, vinieron sus amigos á preguntarle por el buen resultado prometido, y el infeliz les enseñó los tratados que en Focheu se habían ratificado entre las Autoridades superiores y el señor Cónsul. Al ver esto los literatos, se miraban de hito á hito, y vinieron á decirle poco más ó menos: ¡Pues nos has hundido! después que con tanta seguridad nos prometiste alcanzar del Virrey arreglarlo todo con siete mil pesos, ahora salimos con que tenemos que pagar el doble y hemos de levantar las iglesias. ¡Pues no es mala deshonra la que nos has echado encima! ¿Qué dirá la gente?

Realmente, el infeliz se encontraba entre la espada y la pared. El había prometido á los gentiles librarles

de todo, y que la iglesia de Muc-yiong no se edificaría; por otra parte, el letrado decía todo lo contrario. Cumplir lo que decía éste, le parecía una bajeza insufrible; de no cumplirlo, se exponía tal vez á un castigo. *Quid faciendum?* Pues nada; engañar á las Autoridades de Focheu haciéndoles creer que el misionero y los cristianos con sus arrogancias y alborotos exacerbábamos á la gente, haciendo imposible el levantar las iglesias. No estaba mal la idea, pero por esta vez le salió todo contra su intento, por-

que habiendo yo mandado su carta á Focheu, vistas allí las mentiras y fábulas que ponía, le escribieron las Autoridades, diciéndole que se dejase de engaños, y que ejecutase cuanto antes lo convenido; pero se hizo el desentendido.

Viendo él que esta estratagema no le había salido bien, ideó otra que tampoco tuvo efecto. Me mandó un oficio pidiéndome que le entregase los pasaportes de todos los Padres europeos en Fogán; porque sabiendo que éramos españoles de Luzón, quería verlos y refrenarlos. Realmente, á este Bung-ló en cuanto á astucia



Ilmo. Sr. D. Fr. MARTÍN GARCÍA ALCOCER, de la Orden de San Francisco, obispo de Cebú. (Pág. 501)

pocos mandarines ó tal vez ninguno le gane, pues de ser nuestros pasaportes españoles, nos hubiera echado de un puntapie y quedaba libre del compromiso.

Porque debo advertir á V. R., que todas las naciones europeas, hasta Portugal, tienen tratados con la China, y sean católicas, sean herejes, todas tienen su tratado de Religión por el que se protege á los misioneros y sus posesiones; se les permite habitar en el interior de la China, y comprar y vender ó alquilar cualquier terreno. Sólo nuestra católica España, en sus tratados con China, se dejó en el tintero la parte que toca á la Religión. De suerte que, según la ley china, ningún súbdito español puede habitar en el interior del Imperio, y mucho menos adquirir allí propiedades ó terrenos; solamente se les concede en los puertos. Según esto, de lo que el Bung-ló estaba bien enterado, vea V. R. si el maligno hacía bien la puntería. Mas como nuestros pasaportes están bajo la Francia, de poco le valió su habilidad. Sin embargo, yo no le quise contestar á dicho oficio, ni le mandé los pasaportes, pues si quiere averiguar de donde somos, que lo pregunte á Pekín, de donde los mandaron.

En fin, P. N., me haría interminable si fuese á relatar todo lo que este diablo de Bung-ló inventó y discutió para eludir el compromiso de cumplir el tratado. Solamente pudimos conseguir, y eso porque de Focheu se lo mandaron repetidas veces y con urgencia, el que soltase por el mes de Junio á los cristianos que había puesto presos el prefecto de Foning.

Ya ha visto V. R. las pésimas intenciones de este mandarín, y lo renitente que está para hacernos justicia. El único que tarde ó temprano podía hacerle entrar en carril era el Sr. Frandín, y este señor se nos volvió á Francia por el mes de Agosto.

El cónsul que le substituyó, el Sr. Le Duc, era un joven enfermizo que aborrecía meterse en negocios. Al Virrey, que no parecía tan malo, lo mudaron por Septiembre, encargándose del mando interinamente el Chong-kung, grande amigo del Sr. Frandín, y que permitió ayudarnos; mas á los pocos días murió de repente, llegando por Octubre un nuevo virrey, enemigo mortal de todo europeo. En vista de esto parecía que el cielo de la Misión se volvía á encapotar y á llenarse de nubarrones, amenazándonos con otra tempestad.

El Bung-ló, que todo lo espiaba para su provecho, viéndonos sin la defensa del Sr. Frandín, y con el virrey enemigo, volvió muy contento á Focheu á últimos de Noviembre para ver si conseguía del nuevo Virrey no edificar las iglesias. Con este objeto escribió la mar de mentiras y acusaciones falsas contra los misioneros y cristianos, tanto, que pasaban de doscientos pliegos en cuarto lo que escribió contra nosotros á las siete audiencias de la capital. El señor Vicario apostólico se las rebatió todas, y gracias á sus esfuerzos pudimos conseguir que se empezasen á edificar las iglesias; de modo que el Bung-ló cantó por segunda vez la palinodia, y tuvo que edificar la iglesia de la villa. Mas, para que se vea el odio y la rabia con que lo hacía, la mandó edificar tan pésimamente, que es imposible habitarla; así que hasta el presente no la hemos querido admitir.

Después edificó la de Ngie toñg, que puede pasar; mas las de Muuc-yiong y Su-yiong están sin empezar.

Sobre la iglesia de Muuc-yiong, diré á V. R. que cuando se hizo el convenio de Focheu, de resarcir los daños y levantar las iglesias, el Bung-ló que estaba allí también, pidió que la iglesia de Muuc-yiong se edificase en otro terreno diferente, como lo deseaba el pueblo. El Sr. Frandín, que no advirtió la malicia que encerraba esta idea, se lo concedió, pero á condición de que si dentro de seis meses no buscaba otro terreno, y en sitio á propósito para los cristianos, se edificaría en el mismo lugar. Bastó este portillo abierto para que el Bung-ló nos haya tenido más de dos años sin haber encontrado terreno hasta la fecha, y creo que según van las cosas, ni se encontrará *in sempiternum*; y, ó no se edifica dicha iglesia, ó si se llega á edificar será fuera del pueblo. Dios quiera que no sea profeta.

Este negocio de la iglesia de Muuc-yiong es el que nos ha hecho padecer más. Como al Bung-ló, dados sus compromisos, no le conviene que haya iglesia en Muuc-yiong, de aquí el que haga todo lo posible para no encontrar terreno. Así que no hace más que escribir á Focheu diciendo que dentro del pueblo no hay terrenos, que es muy difícil comprarlos, y que los gentiles no lo permiten.

Por otra parte, el señor Vicario apostólico le rebate todos sus sofismas, escribe al señor Cónsul y éste á las Autoridades, que lo que dice el Bung-ló es una mentira; que hay terrenos á propósito dentro del pueblo donde se puede edificar.

En vista de esto las Autoridades de Focheu propusieron á S. S. que mandase á Fogán un legado y ellos mandarían otro por su parte, para examinar quién tenía razón, y de paso vieses cómo estaba edificada la iglesia de la villa, pues el Bung-ló había escrito á Focheu diciendo que la había edificado mejor que lo estaba antes.

Esto era á últimos de Julio del año pasado. Hallábase por entonces el P. Bienes de paso en Focheu, y S. S. le utilizó para mandarle de delegado á Fogán, donde llegó á mediados de Agosto en compañía del nombrado por las Autoridades.

El P. Moreno ya hacía un año que estaba allí arreglando estos negocios con el Bung-ló. Reunidos todos en Fogán, el Bung-ló, el delegado y los dos Padres, fueron á examinar los terrenos de Muuc-yiong; mas el Bung-ló insistía en que no había más que los propuestos por él fuera del pueblo. Los Padres les invitaron á ver los suyos dentro del pueblo, mas ni siquiera se dignaron ir á verlos, volviéndose sin hacer nada. Vueltos á la villa, fueron á ver la iglesia, que era el otro encargo que dieron al delegado, y si un mandarín chino fuera capaz de tener vergüenza, el Bung-ló no se debía haber arrojado allí, pues con sólo verla, bastaba para dejarlo por mentiroso y embrollador. Los dos Padres iban enseñando al delegado la iglesia, haciéndole notar lo mal que estaba edificada, aunque no había necesidad, pues bastaba tener ojos en la cara para verlo, y como iban haciendo chacota de todo, el Bung-ló se mordía los labios de rabia. En esto el P. Bienes puso la mano en un tabique, rompió una de las tablas y por poco se cae todo á tierra. El P. Moreno se agarró á una columna y lo bamboleaba todo, teniendo que decirle el delegado:

—Déjala V., déjala, que nos va á aplastar á todos. Por aquí se podrá ver qué tal estaría edificada.

El Bung-ló para paliar de algún modo lo mal parado que había salido, prometió volverla á recomponer; todavía estamos aguardando la recomposición.

El delegado, concluido su cometido, pensó en volverse á Fochou. Para que se entienda mejor lo que pasó antes de irse, conviene decir cuatro palabras.

Cuando el P. Moreno mandó hacer los planos para edificar dicha iglesia, y se los presentó al Bung-ló, éste le dijo que el terreno no era tan grande como él lo pintaba. El P. Moreno le contestó que el terreno está patente, que aún estaban allí los pedestales de las columnas todavía, y por consiguiente que no había más que verlo y medirlo. Demasiado que el Bung-ló lo sabía. Lo que él quería era embrollar el asunto. De aquí es que cuando el delegado manifestó deseos de volverse á Fochou, el Bung-ló le dijo delante de él y de los Padres, que para que viesen como el P. Moreno no tenía razón en lo que decía sobre el terreno, irían todos allí para verlo y medirlo otra vez. Los Padres, como estaban en lo verdadero, no tuvieron inconveniente en acceder; mas él tenía otros fines, como se vió posteriormente; pues de otro modo no se hubiera atrevido á proponerles eso, exponiéndose á quedar confundido.

Era el día 12 de Septiembre del año pasado, cuando el Bung-ló y el delegado salieron en un barco para Su-yiong, pasando poco antes de anoecer por delante de la iglesia de Hoeng, residencia del P. Vila, en donde nos hallábamos reunidos con dichos Padres. Sabiendo ellos que los PP. Moreno y Bienes estaban allí, les avisaron que bajaran, mas yo les dije que en vista de lo avanzado de la hora, era mejor aguardar al día siguiente. Cuando los dos mandarines llegaron á Su-yiong, el Bung-ló dijo al delegado que se quedase en el barco á pasar la noche, que él lo haría en el pueblo. Su idea era no hacerle sospechar la comedia que al día siguiente pensaba representar, pasando la noche en enseñar á los gentiles el modo de ejecutarla.

Cuando al día siguiente bajaron los Padres y se encontraron en el barco con el delegado que acababa de levantarse de dormir, no dejó de extrañarles tal ocurrencia. Después de algunas palabras de saludo, entró el delegado en el pueblo, y á la media hora pasaron aviso á los Padres para que hicieran lo mismo. Al llegar los Padres al terreno de la iglesia, estaba todo tan plagado de gentiles, que era imposible ver siquiera un palmo de él. El Bung-ló hizo retirar un poco la gente y empezó á medirlo; como no medía más que lo que á él le convenía, le dijo el P. Moreno que no sólo llegaba hasta donde él decía, sino mucho más allá, poniéndose en actitud de ir á medirlo. Los gentiles, que estaban cubriendo dicho terreno para que no se viera, empezaron á gritar y dar grandes voces; y viendo los Padres que no se querían mover y que la gritería aumentaba, desesperados de poder conseguir nada, le dijeron que querían volverse.

Un gentil se ofreció á hacerles de guía y los condujo por camino distinto del que llevaban los mandarines. No bien los Padres se hallaron solos en medio de una multitud inmensa de gentiles, empezaron éstos á gritar y á maldecirles, tirándoles además piedras y estiércol

de carabao, hasta llenarles de suciedad de pies á cabeza.

Ya estaban para llegar al Su-tong, cuando de repente les cerraron las puertas, maldiciéndoles y gritando:

—¡Matad á esos extranjerillos! ¿Cómo se atreven á venir á profanar la casa de nuestros abuelos?

El P. Bienes, como nunca había estado en Fogán, é ignoraba el carácter de estas gentes, al ver esto, no sé que se figuró, y echó á correr al barco; mas como no sabía el camino, otro gentil que se ofreció á guiarle, lo llevó por donde había más gente, á la que hacía señas para que le maldijesen y le echasen más suciedad; así que las piedras, lodo y maldiciones le llovían por todos lados, hasta que por fin pudo llegar al barco sufocado y medio muerto. El P. Moreno, de natural más pacato, al verse con los vestidos llenos de suciedad, se fué á encontrar á los mandarines que venían muy estirados en sus sillas riéndose á carcajadas, y encarándose con ellos les echó en cara su modo de proceder tan bajo. Los chinos tienen una habilidad inimitable para reprimirse de repente; así que el Bung-ló al ver al Padre hecho una miseria, contuvo la risa, y con una voz melosa le dijo:

—¡Ah! no te enfades, maestro, ven conmigo y te daré otro vestido para mudarte.

Fuese con ellos al Su yion, le prestaron otro vestido, le acompañaron después al desembarcadero y se despidieron con mucha cortesía. Los Padres pasaron al pueblo de Ngie-tong á comer, y ellos se volvieron al Su-tong, riéndose de la gran hazaña que habían hecho contra los indefensos misioneros.

Si el negocio no hubiese pasado más adelante, nos hubiéramos dado por contentos, pues nada importa al misionero sufrir estas humillaciones y muchas más por Dios; pere el Bung-ló no se dió por satisfecho con humillar á los Padres, sino que quiso manifestar su odio contra los cristianos. Así que se volvió el delegado y el Bung-ló quedó solo con los gentiles, llamó á unos cuantos de los más atrevidos y les dijo:

—No hay más remedio que concluir con los cristianos de Su-yión y echarlos del pueblo; así nos veremos libres de edificarles la iglesia, y el terreno quedará á vuestra disposición.

Los gentiles, al ver la protección que les daba el mandarín, empezaron á poner su plan en ejecución, amenazando á los cristianos que se saliesen del pueblo, robándoles los camotes, cortándoles los árboles y cañas, y no dejándoles segar el arroz; ó si no, que apostatasen de la Religión y dijesen al señor Obispo que ya no querían iglesia. Y he aquí que en un momento me ponen á treinta ó cuarenta familias de cristianos en la dura y triste alternativa de apostatar de su fe ó morir de miseria. Mas para honra de los cristianos de Su-yiong y ejemplo de los demás, diré que prefirieron quedar en la miseria antes que abandonar su fe.

Mientras los gentiles andaban molestando á los cristianos, los PP. Moreno y Bienes que habían ido á la capital, enteraron al señor Vicario apostólico de todo lo ocurrido, y éste hizo una representación al Cónsul para que la mandase á las Autoridades superiores. Estas, al ver que los hechos eran tan evidentes, y la injuria hecha á los misioneros tan grave y manifiesta, no pudie

ron menos de dar algunas órdenes, mandando al Tiñg-tai de Foning que fuese á Su-yiong con doscientos soldados, que prendiese á unos cuantos, y los llevasen presos á la capital.

No hizo más que personarse el Tiñg-tai en Su-yiong con sus soldados, y á poco rato ya me tenía presos á los dos más principales de los acusados. Yo no sé qué tienen estos mandarines chinos, que aunque no conozcan á la gente, al momento dan con los que buscan; se supone, cuando ellos quieren. El Bung-ló, que supo la llegada de este Tiñg-tai (coronel), al momento bajó á Su-yiong, y al ver que habían apresado á sus más íntimos confidentes, pidió al coronel que los soltara, diciéndole que no habían sido ellos los autores. El coronel le presentó el documento que le habían remitido de Focheu con los nombres de los que había de prender, y sin hacer caso del Bung-ló, los remitió á la capital bajo custodia. Las mujeres de los presos y sus familias se arrojaban contra el Bung-ló y le tiraban de los vestidos pidiéndole que no los llevasen presos; mas éste les decía que no temiesen, que pronto volverían. Sin embargo, ya veía él que la cosa iba mal; y ciego en su furor, se dijo:

—Pues de hacerla, hacerla bien sonada.

Los gentiles del pueblo, ayudados del Bung-ló é irritados por los dos que habían cogido presos, ya no se pararon en barras y pasaron aviso á todos los pueblos gentiles para que les ayudasen á apresar á los cristianos; y como á río revuelto ganancia de pescadores, al día siguiente se reunieron en Su-yiong cerca de unos cuatro mil gentiles con sus sacos ceñidos al cuerpo.

En China, cuando hay alguna revuelta, el primer instrumento que lleva el chino es el saco rodeado al cuerpo. Ya podrá V. R. suponer para qué será.

Los cristianos, sospechando el motivo de tanta aglomeración de gentes, procuraron escapar cuanto antes, sin tener tiempo más que para llevarse lo que tenían encima, y aún así diez cristianos cayeron en poder de los gentiles. Después de apalearlos bárbaramente, los llevaron atados á la casa de los abuelos, y amarrándolos á las columnas con las manos atrás y la coleta atada á los pies, les dejaron en una posición muy violenta.

Además, como allí se había reunido mucha gente, todo eran gritos, alborotos y maldiciones contra los pobres cristianos; y aun no satisfechos con esto, unos les daban bofetones, otros patadas, otros con las pipas en la cabeza hasta dejarlos rendidos y medio muertos. Así estuvieron sin comer desde las nueve de la mañana hasta el día siguiente en que les aflojaron las cuerdas, más por temor de que muriesen, que por compasión alguna. Después entraron á saqueo sus casas, que era lo más positivo, robándoles todo y rompiendo lo que no podían llevar. Las estampas y objetos religiosos los pisoteaban y echaban á los albañales. Algunas mujeres cristianas al ver esto, fueron á presentarse al coronel y pedirle protección; mas los soldados no las permitían arrimarse y las echaban de allí á empujones, y hasta hubo soldado que á una mujer le rompió las sayas.

Todos estos atropellos pasaron estando presentes el Bung-ló y el coronel, sin que ni uno ni otro se movieran á poner orden, porque el objeto era destruir á los cristianos.

Concluido el saqueo, y no teniendo ya qué hacer tanta gente reunida, se propusieron dar otra arremetida, para en el caso de salir en bien la cosa, acabar con las demás iglesias. Los cristianos de Hoeng y de Ke-sen, sabedores de estos planes, preparábanse con sus cañoncitos, lanzas y piedras, para oponerse al designio de los gentiles, siendo tan eficaz esta medida, que bastó esta actitud belicosa de parte de los cristianos para echar por tierra los propósitos de los gentiles.

En vista de todo esto, nuestro señor Vicario apostólico, que en todos estos negocios ha mostrado un celo verdaderamente apostólico y una prudencia exquisita, dió parte al señor Cónsul, haciéndole presente las injurias de que eran objeto los cristianos por causa del mandarín Bung-ló. El señor Cónsul escribió algo fuerte al Virrey, pidiendo la destitución del Bung-ló; mas el Virrey le contestó, que por lo mismo que le pedía eso, no le quería deponer.

El Cónsul, al ver esta contestación, se puso furioso, y escribió otra carta más violenta, amenazándole con que lo arreglaría con vapores. Dió la buena suerte que esta carta la enseñó antes á nuestro señor Vicario apostólico, quien le preguntó:

—Pero ¿ha recibido V. algún aviso de Francia en el que le prometan mandar esos vapores que dice?

—No, le contestó.

—Pues entonces, por Dios, no escriba V. de esa manera, porque se verá V. comprometido y no va á tener por donde salir, y quienes la vamos á pagar somos nosotros. Ya sabe V. lo soberbios que son estos mandarines chinos; así es que mejor será volverles á escribir exponiendo lo que ha pasado, y quién ha sido la causa; dejando á su voluntad el destituir al Bung-ló.

En efecto; gracias á este prudente modo de obrar, pudimos conseguir que el Virrey se ablandara y mudara al Bung-ló, mandando otro mandarín en su lugar. De paso haré notar aquí á V. R. que tanto el Virrey como casi todas las demás Autoridades, no es que hayan llevado á mal el daño que el Bung-ló nos ha hecho en Fógán, sino el modo tan brusco y patente de hacerlo, según ellos mismos decían entre sí, y no faltó quien de su misma boca se lo oyera. Lo que todos desean es acabar con nosotros; pero que no aparezca que ellos son la causa, sino la plebe. Esta es la política china, puesta en práctica hace ya muchos años.

Ellos harán lo que quieran, *sed qui habitat in caelis irridebit eos*; puesto que las persecuciones contra la Iglesia de Dios, ya se sabe que producen el efecto contrario del que se proponen los tiranos.

A últimos de Noviembre del año pasado llegó á Fógán el nuevo mandarín llamado Tiong-ló y con esta mudanza hemos podido respirar un poco. Yo supongo que será para tomar nuevos alientos, porque hasta que se concluyan de arreglar estos negocios, todavía hemos de apurar las heces.

Hasta la fecha nada ha hecho este nuevo mandarín. Solamente nos ha dado buenas palabras, diciendo que procurará hacernos justicia, que castigará á los culpables y restituirá los daños causados á los cristianos. Si estos mandarines fuesen gente decente y formal, algo se podría esperar; mas, mucho me temo que poco más ó menos sigamos padeciendo las mismas vejaciones.

Después dijo, que en vista de las dificultades con que se encuentran para arreglar estos negocios, y que el Bung-ló no le dejó un maravedí (aquí está el *quid*) para concluir de levantar las iglesias, le era indispensable volverse á Focheu, para exponer al Virrey todo lo que hay y recibir nuevas instrucciones.

El veinte y tantos de Enero de este año salió para Focheu, y todavía no ha vuelto, ni sabemos qué propósitos traerá. Sin embargo, traiga lo que traiga, con la gracia y ayuda de Dios, estamos dispuestos á lo que suceda.

GOLFO DE GUINEA

XIII

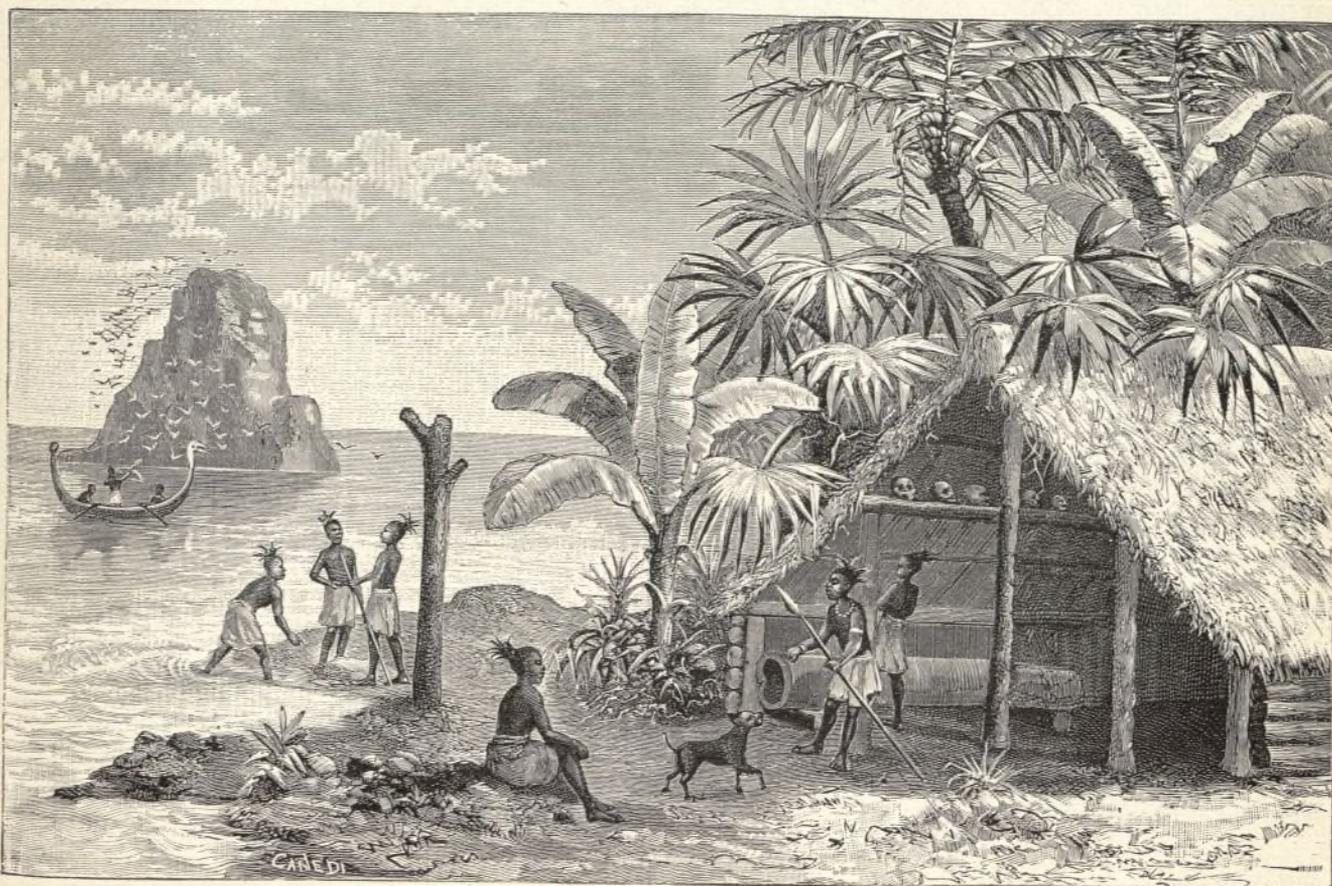
Fundación y progresos de la Misión de Annobón.

Lo que mucho vale, mucho cuesta, dice el refrán; y como las almas son de tan inapreciable valor, de aquí que cuesten tanto á nuestro Divino Redentor Jesús y á los que las evangelizan. Las súplicas é incesantes preces que los misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María dirigieron á lo alto para conseguir del Padre de las misericordias el rescate de los annoboneses, no podían menos de penetrar en los cielos é interesar al Dador de todo don perfecto. Después de seis meses de inútiles tentativas para emprender el viaje á la isla de Annobón, partieron por fin el 12 de Agosto del año 1885 el reverendísimo Padre Prefecto y

los dos Padres y tres Hermanos que componían la Misión, á bordo de la goleta *Ligera*, llegando felizmente á aquella apartada isla el 19 del mismo mes. Apenas tomaron tierra, viéronse rodeados del pueblo en masa, que como en triunfo condujo á los nuevos huéspedes á las residencias del *Gobernador* y del titulado *Cura*, de quienes ya hicimos mención. Las mujeres lloraban de gozo y presentábanles sus enfermos para que los curasen con la bendición. ¡Pobres gentes! Un pueblo todo católico y que conservó la fe á través de un siglo, ¿quién no habría dicho que en cuatro días quedaría convertido en un paraíso, y que apenas oyesen la voz del misionero todos serían fervorosos cristianos?

Empero el gozo y entusiasmo con que fueron recibidos nuestros Hermanos, iba acompañado de grande prevención y recelo. No eran aquellas gentes tales como parecían á primera vista. En todo veían duendes y maleficios, y sus oraciones y prácticas ridículas iban casi exclusivamente dirigidas á preservarse de aquéllos. El demonio se había aprovechado de su sencillez.

La población constaría de unos tres mil habitantes, que vivían en chozas apiñadas y mal construidas, de unos dos metros de alto por tres ó cuatro de largo, con techumbre de hierba y una sola puerta. Su mueblaje interior es muy conforme á la de los solitarios del yermo: un banco, una calabaza para el vino de palma, un vaso de coco, algún frasco abandonado por los navegantes, y por lecho á lo más un esterón, en que duermen padres é hijos, perros y cerdos, y buenas noches, ya no hay más. Cómodas ni guardaropas ¿para qué? Los niños hasta llegada la juventud no usaban vestido al-



NUEVA POMERANIA (*Oceania*).— Un paisaje de las islas Salomón. (Pág. 498)

guno, y después algún andrajo para decir: Ya no voy enteramente desnudo, ya soy grande, soy hombre.

Su alimento siempre fué muy frugal: yuca, piñas, bananas, pescado, cocos y vino de palma; así es que ni platos, ollas, ni cucharas necesitaban. Sus costumbres no eran por cierto conformes con el carácter de católicos, sino más bien propias de salvajes. Su inclinación á la embriaguez era fatal.

Una de las cosas que llamó sumamente la atención de los misioneros fueron sus ritos sacros. Los más célebres por lo interminables eran los kiries de las ferias quintas, que cantaban con toda solemnidad, recorriendo las cruces é iglesias, erigidas á su modo en abundancia. Al morir un individuo, comenzaban los aullidos de las lloronas y el ruido de los atabales, anunciando á la población haber dejado de existir uno de sus convecinos; era el preludio de la fiesta general, que con tal motivo debía celebrarse, á guisa de bacanales, hasta haberse verificado la inhumación. Si por casualidad era un varón casado el difunto, la orgía era mucho mayor, por razón de la perpetua viudez á que era condenada la sobreviviente consorte conforme á sus leyes y tradiciones.

Esta isla consiste en un peñón enorme, parecido en su aspecto al cráneo de un septuagenario; pues que en su parte anterior ó Norte se halla cubierta por una capa de lava volcánica, solidificada por los años, siendo por consiguiente nula su vegetación: la parte posterior ó Sur tiene bastante arbolado, pero es poco menos que inaccesible por lo quebrado del terreno. Una cosa tiene de bello y admirable, y es la gran laguna de agua dulce que está en el centro, unos seiscientos metros de largo por cuatrocientos de ancho: sus flancos son tan elevados que está como enclavada en el monte. ¿De dónde traerá origen este grande lago colocado á tan grande altura? Parece verosímil que sea la inmensa boca ó cráter de algún volcán submarino, que por efecto de una prodigiosa erupción, dió origen á la aparición de la isla. Tal era el suelo que la Divina Providencia dió que cultivar á los Hijos del Corazón Inmaculado de María. Hecha esta pequeña digresión, volvamos al asunto.

Recibidos los Padres con el aparato y bombo posible y hechas ya las más apremiantes visitas, condujéronles á su residencia. «Era ésta, dice uno de ellos, nada menos que su *iglesia parroquial*, ó sea una gran barraca de madera, donde en otra ocasión habían visto celebrar un poco de Misa, y en la que se hallaban todavía los ridículos objetos de que hicimos mención en otra parte. Los honores del recibimiento en aquella nueva morada, no habían de quedar atrás. Tener en su compañía tan buenos huéspedes y no hacer por la noche un poco de *serenata*, habría sido cosa bochornosa para aquellos isleños; y así tomaron á su cargo hacernos tales honores un ejército de ratones y una nube de mosquitos. Resistimos con gran trabajo el asedio, y si bien logramos salvar las orejas, no siempre pudimos conservar incólumes los botones de la sotana, que más de una vez fue-

ron devorados por aquellos hambrientos y pequeños tigres.

«Empezamos por alojarnos en aquel pobre portal y arreglar aquel templo que era á la vez nuestro dormitorio, comedor, sala de espera, etc., etc. Era cosa chocante el ver cómo todas las mañanas cogía cada cual su *carreton* ó su pobre lecho, para dar lugar á los pocos que ora por curiosidad, ora por devoción, venían á oír el Santo Sacrificio de la Misa; y así lo que antes era dormitorio quedaba en pocos momentos convertido en oratorio. Pero también esta nueva pieza podía retener por poco tiempo su nombre; pues venía el desayuno, y era necesario que pasara á ser comedor. Allí sobre unas tablas y delante de los Santos que presenciaban el acto con la *barretina* puesta, tomábamos nuestra refección.

«En él, entre tanto, empezábamos á montar la Casa-Misión, y aquí pudimos observar las simpatías que nos habíamos granjeado. Con la aprensión de que íbamos cargados de duendes y temiendo sin duda los altos funcionarios de la isla, y quizá mejor, sospechando el diablo la derrota que podía temer de tener sus reales al lado de Aquella que tan mala partida le jugó en otro tiempo, empezaron á retirarse de nosotros y mirarnos de reojo. Siempre nos respondían: *No sabe*. Les preguntamos repetidas veces si había bosque en la isla; si querían mostrarnos árboles, que nos convenían mucho: *O mi no sabe*, respondían. ¿Y el camino para tal parte? *Mi no sabe*. Nada nos querían vender; decían que ellos *No tiene nada*. Había para coger un palo y enseñar algo á los que nada sabían; pero éramos ministros del Maestro de la mansedumbre y convenía llevar las cosas con paciencia. Después de algunos días, intentaron nuestros Hermanos arriesgarse á recorrer la isla y enterarse de lo que había en la parte Sur. Eligieron un joven de los más adictos para guía, pero al llegar á cierto punto, empezó á decir *que él no sabe más, que ellos puede perder, que se vuelven á casa*.

«—Si no quieres enseñarnos el camino, le contestaron, ya estás andando para el pueblo, que no te necesitamos para nada.

«Viendo que no salían bien sus trazas, se quedó atrás y les fué siguiendo de lejos, para ver sin duda, si desmayaban entre aquellos riscos. Llegaron al Sur, y allí, como si hubieran cambiado de clima, notaron una vegetación exuberante, unos árboles colosales de madera muy rica, etc., etc. ¡Bendito sea Dios! ¡Si lo hubiéramos sabido!

«Desde aquel día empezaron á ser menos hostiles, y á traernos maderas y otros objetos; los niños se rozaron ya bastante con nosotros y venían algunos á la iglesia.

«Una de las cosas que llamaban mucho la atención era un trozo de huerta que plantamos; tanto que, viendo un día el *señor Gobernador* el verdor y hermosura de nuestras plantas, no pudo contener la emoción y exclamó:

«—*White men are too much learned!* (¡Los blancos son muy sabios!).

«Es lo que dicen, cuando no entienden algo.

«La escuela, á falta de local más á propósito, la abrieron nuestros Padres en medio de la plaza; y para reunir á los alumnos, que siempre se han distinguido por

su indolencia, salía el Padre de casa á la hora competente, entonando el *¡Viva María! ¡Viva el Rosario!... ¡Oh María, Madre mía!* y así iba recorriendo los caseríos!

«—Es el Pae, decían los *nanomes*, niños y *nana-miels*, niñas.

«Siguiendo la dirección del Padre, iban reuniéndose los alumnos en la plaza: sentados allí donde no podían caer, se iban instruyendo en las oraciones, letras y sobre todo en el canto, que les gusta mucho. Por supuesto, que también las mujeres comparecían.»

Lo que más afligía á los misioneros era el ver á aquellos pobrecitos niños y sobre todo niñas, privados de la instrucción y asistencia á la escuela por no tener un palmo de tela siquiera con que cubrirse.

Entre estas gentes, aunque gran parte iban enteramente desnudos, siempre se notó cierto rubor de que carecen los salvajes de Fernando Poo. Si van en cuecos es por no tener ropa; lo que sí les es como natural es el ser sucios.

Grandes fueron los esfuerzos que hizo el infierno para combatir á la Misión y ahogarla, digámoslo así, en su cuna, pero como todas las obras de Dios, cuanto más perseguida, más esforzada se encontraba, y podemos decir que á medida que arreciaba el combate, se alegraban más nuestros Padres por vislumbrar no muy lejos la apetecida y segura victoria. Doscientos eran los niños de ambos sexos en quienes á los pocos meses habían ya suplido las ceremonias del bautismo, administrado por el *cura* de la sotana azul. La escuela siempre en aumento, compareciendo todos los días nuevos alumnos, atraídos sin duda por el silbo amoroso de la Divina Pastora, deseosa de poner bajo su manto aquellas pobres é infelices criaturas. Ya no miraban á los Padres como hostiles, como enemigos suyos: habían experimentado su caridad y el interés que por ellos se tomaban, y así ya les amaban y seguían sus consejos. Los misioneros, como se puede suponer, aprovechaban aquellas buenas disposiciones para catequizarles y hacerles ver las obligaciones que en el Bautismo habían contraído. A la par que la escuela diurna aumentaba y se palpaban ya sus frutos, fundaron también una nocturna para la instrucción de los adultos. En ella se enseñaba la doctrina cristiana, Religión y moral, lectura y escritura, Gramática castellana y algunos rudimentos de Geografía. La isla iba sufriendo una reacción admirable.

Pero ¡cuánta miseria en aquellas pobres gentes! En ninguna parte lo echaban más de ver nuestros Padres que en las visitas á los enfermos. El único plan curativo que seguían los cinco llamados *médicos* de la población, era el sajar la parte doliente; de donde resultaba en la mayoría de los casos agravarse el estado del infortunado enfermo. Otra cosa había muy original entre ellos: como allí no se usan camas ni mullido alguno, tan pronto como la familia observaba la gravedad del paciente, un individuo de la misma, que solía ser por lo común el padre, madre ó hermano, se sentaba junto á una pared, formando ángulo recto, y tomaba sobre sí al enfermo, sirviéndole de cama, sin abandonar dicha posición (á no ser que otro le substituyese), hasta que moría ó desaparecía la gravedad del enfermo. Resultado, que

casi padecía tanto el enfermo como el enfermero, no siendo raro que ambos parecieran víctimas de la enfermedad. Todo esto ha desaparecido merced á la benéfica influencia de la Misión, lo propio que la costumbre de enterrar los cadáveres en las mismas calles de la población y otros lugares contiguos á las casas. Arreglóse á distancia conveniente un cementerio, y como en aquellas circunstancias se hallaba la *goleta* en la bahía, se trató de dar solemnidad al acto de la bendición de dicho lugar con una salva de seis cañonazos, todo lo cual fué muy del agrado de los annoboneses.

Cualquiera pensara que la insalubridad del clima y las impertinencias de los rudos habitantes es lo más pesado en aquellos países; pero otra cosa hay que ha dado ocasión á mayores sacrificios, y es el grande aislamiento de aquella Misión de las demás del Golfo de Guinea. Han transcurrido á veces seis y siete meses sin que los Padres recibiesen noticia alguna de Europa, ni de sus Hermanos que residen en el mismo Golfo. Allí no llega nunca un barco, ni siquiera los ven de lejos; y si alguna vez pasa alguno, se tiene como un fenómeno extraordinario. Allí son los únicos blancos que hay, los únicos que necesitan sustentarse y vestirse con lo que les traen. Con todo, los misioneros contentos siempre y animados prosiguen su tarea, se regocijan al ver el fruto de sus desvelos, y al considerar que el Corazón Inmaculado apunta muy bien todos y cada uno de los sacrificios que sufren.

Una de las cosas que costó más en un principio, fué el acostumarles á confesarse: nadie tenía pecados. Fué menester empezar por los niños, prometiéndoles vestidos, alguna comida, etc.

Como triunfo notable de la Misión, se puede referir la solemnidad del matrimonio de los reyes de la isla, celebrado á petición de los mismos ante el reverendo Padre Superior de la Casa. Terminada la ceremonia litúrgica, vinieron los regocijos y fiestas públicas, en que durante ocho días consecutivos tributaron aquellos sencillos vasallos plácemes y homenajes muy afectuosos á los *regios* desposados.

A últimos del año 1886 la isla de Annobón ya no parecía la misma. Ya se habían desvanecido por completo todas las preocupaciones que se abrigaban contra los misioneros; ya los llamaban y tenían por blancos, pero blancos de Annobón; ya se vanagloriaban de tener á los Padres en su compañía: á Misa, á confesarse, al sermón asistían mucho, sobre todo desde que empezaron á hablarles en su lengua. Mas, siempre topaban con una dificultad; no tener ropa con que vestirles. ¡Pobrecitos! Un día el Padre quiso avisar á unos ocho jóvenes como no entraban en la iglesia, y respondieron:

—*Pae, non su jassaf.* (No tenemos pantalón).

No respondió el Padre; solamente se acordó de los rincones de cómoda que hay en Europa, en donde á veces se pudre la ropa, y levantando los ojos al cielo, hizo una súplica al Padre de las misericordias para que se dignara tocar el corazón de tantos fervorosos católicos y mover su piedad en favor de aquella Misión.

El día de año nuevo del 87 convidaron á confesar á los niños y niñas. Se confesaron treinta de los primeros y cincuenta de las segundas, comulgando los que estaban suficientemente dispuestos. Los adultos también

á centenares se acercaban ya por este tiempo al Sacramento de la reconciliación, y se habrían acercado muchos más á no tropezar con dificultades originadas del nimio temor que tenían al Santo Sacramento del matrimonio. ¡Cuánto costó ganar este flaco! Sólo Dios y los que allí se encontraban en aquel entonces, pueden dar razón de ello.

Para atraerles más á las funciones de la iglesia, procuraron nuestros padres adornarla lo mejor que pudieron, poner en orden todas las cosas (lo que en un principio no se atrevían) y celebrar las festividades con el esplendor posible. Todos los domingos se celebraba una Misa á la aurora y otra á las ocho y media, cantada á voces por un coro de veinte niños y diez adultos. Aquello parecía una catedral. Y ¡cuánto complacerían al buen Jesús Sacramentado aquellas angelicales voces de niños cándidos é inocentes! En la Misa se predicaba en lengua del país y se explicaba el Santo Evangelio; todo lo cual era muy del agrado de los isleños, y más de los Padres, que con esto veían aumentarse cada día más el rebaño de Jesucristo.

Pero era necesario que viniera una prueba ó varias pruebas para solidar aquella naciente iglesia, y éstas fueron la inesperada muerte de un Padre y un Hermano coadjutor, víctimas de una fiebre pernicioso. ¡Qué golpe tan duro para la Misión ver desaparecer uno en pos de otro aquellos dos obreros que tanto prometían á la gloria de Dios y al bien de la Misión! Pero no por esto se amilanaron, al contrario, confiados en el valimiento de aquellas dos almas santas y tan amadas de Dios, ensancharon las velas de la confianza, y trabajaron, si cabe, con mayores bríos, y por cierto con grandes resultados.

Ya que trato de los adelantos de la Misión en aquella remota isla; no puedo pasar por alto los servicios que en ella han hecho los misioneros á la amada patria.

Los alemanes, ávidos de extender sus conquistas por la costa africana, tocaron á la isla de Annobón, y no encontrando allí representante de nación alguna, determinaron que fuera *primi capientis*, y así retiráronse con ánimo de mandar cuanto antes un representante de su nación.

En aquel breve espacio de tiempo se fundó la Misión sin dar cuenta, por supuesto, á aquellos extranjeros, que volvieron al poco tiempo con el representante y la casa que para él debían montar. Más, así que llegan á la isla, ven con sorpresa izada nuestra bandera nacional. Pues ¿qué será esto? Echan anclas en la bahía; pero nadie se atreve á bajar, únicamente se presentan algunos negros con recado de averiguar lo ocurrido en aquella isla, que ya saludaban por suya. Nuestro P. Juano-la, á quien se le quedó todo el miedo en Francia, viendo que no saltaba á tierra ningún blanco, coge su cayuco y se dirigió hacia el vapor, donde le explicaron el caso, le mostraron la casa y el representante que intentaban dejar allí, caso de no haberles los españoles ganado la mano, y se retiraron.

Muy satisfecho quedó dicho Padre al ver que no sólo por medio de la Misión se lograba libertar aquellas pobres almas de la rapacidad del demonio, si que también librar á la isla entera del dominio de los extranjeros.

¡Quiera el Señor que la bandera hispana ondee por muchos años en aquella isla enteramente española, y sobre todo que la antorcha de la fe jamás se apague en aquellos corazones.

ZAMBEZA (África Austral)

Dificultades de la Misión.—Diferentes razas de indígenas.—Esperanzas del misionero

El Rdo. P. Courtois, de la Compañía de Jesús, escribe desde San José de Nyamusua (Inhambana):

MI nueva residencia de San José de Nyamusua está situada á tres leguas al Oeste de la ciudad de Inhambana. Habiendo elegido el punto definitivo para la Misión, fué preciso desbrozar el terreno inculto. Bajo mi vigilancia se ha construido una choza de madera y caña con techo de bálago; han trabajado durante dos meses cincuenta negros y á veces más.

Mas ¡ay! ¡cuán infelices son esos negros! No tienen idea alguna de nuestras costumbres europeas, y sobre todo no brillan por su inteligencia y habilidad. La mayoría de ellos no usan otro vestido que dos pieles, en forma de delantal, ajustadas á los riñones: llénanse las orejas de dijes y pendientes: adórnense brazos, piernas y cuello con anillos de metal, ó mariscos ensartados con arte y simetría. Hago á V. gracia de la forma y corte de la cabellera, que admite todas las extravagancias, según el capricho de cada cual.

Vime obligado á atender á todo: unos clavaban pies derechos, otros alineaban vigas; éstos hacían verjas de caña, y aquéllos disponían la paja para cubrir mi palacio. Así pasamos muchos días bajo los rayos del sol. A veces una lluvia torrencial nos inundaba, y casi todas las mañanas una densa niebla nos envolvía, humedeciéndonos del todo hasta que el sol elevaba la temperatura.

Los negros entre los cuales debemos sembrar la semilla del Evangelio pertenecen á tres razas, distintas por su lengua y costumbres. (*V. pag. 492*). Los más inmediatos á nosotros son *vatongas*; moran en la bahía de Inhambana, y obedecen á veinte jefes sometidos á la Autoridad portuguesa, á la que pagan tributo. Hacia el Sur y á orillas del Océano, más allá de la estación militar de Inharima, encontramos los *vandonges*, horriblemente feos y deformes á causa de las incisiones que se hacen en el rostro, principalmente en la nariz y la frente. Si nos dirigimos al interior nos encontramos con los *vatuas* ó *landinos*, importantes tribus, valientes y guerreras, pero feroces y bárbaras. Su jefe se llama Gungunyana, potentado famoso que manda á otros muchos jefes. Existe finalmente una cuarta raza en el distrito de Inhambana: es la de los *valenges*, que habitan los terrenos del Oeste, en los límites del Transwaal. Distingueseles fácilmente de sus congéneres por las incisiones horribles que se hacen principalmente en las mejillas.

Tales son los pueblos que hemos venido á conquistar para Jesucristo y elevar á la dignidad de hijos de Dios.

Pero ¿á costa de qué esfuerzos lograremos la victoria? Sólo Dios lo sabe. Basta considerar la magnitud de la empresa, lo insuficiente de los medios y la escasez de operarios.

¡Dígnese el Señor mover á las almas generosas á acudir en auxilio de los misioneros que se dedican á la conversión de los negros del distrito de Inhambana! Obra es ésta ingrata y penosísima, pero ciertamente gloriosa y más que todo ventajosísima para los que se interesen por los propagadores de la fe.

Después de haber construído un modesto albergue para los misioneros, estoy levantando una espaciosa cabaña que hará veces de capilla para nuestros futuros cristianos. Por ahora, á excepción de dos jóvenes que están á mi servicio, todos los infelices negros que nos rodean yacen aún en las tinieblas del gentilismo. Cier- to que algunos han oído ya á los predicantes america- nos de Boston, que tienen en la región seis ó siete es- taciones; pero los negros nada han adelantado. Reu- nirse para cantar salmos ó hablar de la Biblia y dar

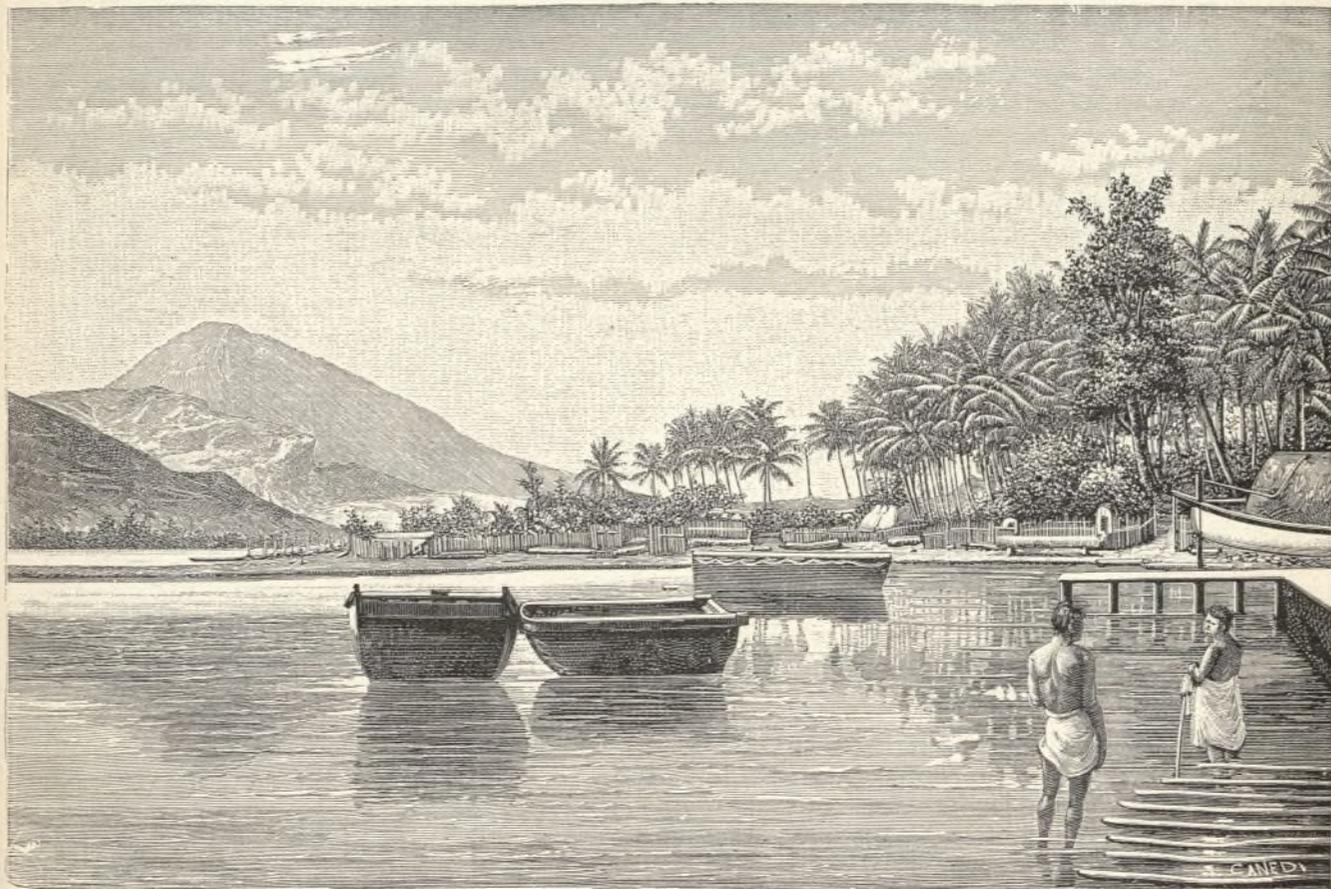
Por nuestra parte nos proponemos ir adelante confian- do en la Divina Providencia. Otra cosa sostiene además nuestra esperanza. No ignora V., en efecto, que hemos venido á recoger la herencia de los primeros Padres de la Compañía de Jesús, apóstoles de Cafrería. Marcha- mos efectivamente tras las huellas del venerable Padre Gonzalvo da Sylveira, Andrés Fernández y Andrés da Costa: pisamos el suelo mismo de sus combates. ¡Ojalá seamos dignos de nuestros predecesores!

ECUADOR (América Meridional)

Viaje entre volcanes

De una carta del Rdo. P. F. J. de G., misionero agustino, ex- tractamos lo siguiente:

HEMOS hecho nuestra ascensión al Pichincha, vol- cán activo de una de las montañas que rodean á esta capital de Quito, y á una elevación de cua- tro mil setecientos metros sobre el nivel del mar.



NUEVA POMERANIA.—Vista de Matupi, en Bahía Blanca. (Pág. 496)

preceptos generales de moral, no puede hacer cristia- nos convencidos: es indispensable la gracia de los Sa- cramentos, y la práctica de un culto y una religión perfectamente definida.

Nuestros proyectos son grandes, nuestros deseos in- mensos. ¿Cómo realizarlos? Después del auxilio divino necesitamos la cooperación de las almas buenas que desean se extienda cada día más el reinado Jesucristo.

Fuimos en la excursión el Rdo. P. Iglesias, tres Pa- dres vascongados y otros, viniendo en nuestra compa- ñía un coronel de infantería y un comandante de marina. Ibamos todos á caballo, y empleamos toda una tarde en el camino, llegando al anochecer al pie del volcán, donde pernoctamos.

De madrugada subimos por una pendiente, toda ella y la montaña cubierta de nieve hasta la boca del crá-

ter. A pesar de su proximidad se sentía frío, y un fuerte olor de azufre irresistible.

Ya en la cumbre, la vista del volcán se presenta imponente y aterradora, con todos sus derredores negros; minerales, plantas, lava, etc., con el aspecto tétrico y amenazador del fuego que se barrunta y del humo que despidе por su boca.

Volviendo la espalda, sin que la respiración á tan grande altura sienta fatiga, se descubre un panorama imponderable, magnífico.

Se divisan muchos pueblos y todas las montañas y volcanes del Ecuador y de Colombia, cubiertos todos de blanca y hermosa nieve.

Entre estos volcanes los hay muchos en erupción, y apagados otros. La molestia y fatiga del viaje quedan compensados con la vista deliciosa que en estas alturas se obtiene.

Como no estaba en disposición el cráter de bajar á visitarlo, en otra excursión, Dios mediante, lo haremos, valiéndonos de guías muy prácticos en estos terrenos, y que se dedican á la extracción del azufre que arroja el volcán.

En el viaje de nuestra llegada á ésta, desembarcando en Guayaquil, hubimos de tener nuestras dificultades y peripecias.

Descansamos tres días, y salimos de Guayaquil embarcados en un vaporcito, y llegamos ya de noche á Babahoyos. A nuestro paso por una ría muy ancha vimos multitud de cocodrilos, animales muy temibles, que miden de uno á seis metros de largo; y el campo que se ve por todas partes con sus plantaciones de caña de azúcar, cacao, té, etc., etc., es rico y variado, y muy ameno.

Al siguiente día hubimos de montar á caballo para continuar nuestro viaje, mas como nuestros hábitos son poco á propósito para esta clase de viaje, cambiamos por los calzones y blusas de dril ordinario, sombrero de paja muy ancho, espuelas y poncho al uso del país americano.

El calor era bastante fuerte y descansamos en un ventorro ó *tambo*, como aquí llaman; y refrescamos; hallando que el dueño era vascongado, y de Guernica por más señas. Charlamos un buen rato con él, y proseguimos el viaje, que nos era muy molesto, por la falta de costumbre de ir á caballo. Iba yo como apaleado.

Nos hicieron quedar al P. Iglesias y á mí por el camino, para confesar á dos enfermos graves, pues la parroquia la tenían á más de nueve leguas de distancia.

Para adelantar el tiempo retrasado, tuvimos que apretar el paso luego, pues nuestros compañeros con sus guías continuaron el camino, alcanzándoles á las seis de la tarde en Pisagua, alojándonos en una choza. En todo el día no comimos nada, ni tomamos más que el refresco llamado *chicha*, brevahe hecho de maíz, cebada ó de un grano que llaman aquí *morochó*. No había otra cosa.

Comimos algunas de las provisiones que llevábamos, y en la familia de los indios, dueños de la choza, había dos jóvenes huérfanas que se apellidan Arteaga, lo cual prueba que son oriundas de Vizcaya, por adopción ú origen. Estas pobres gentes nos trataron con mucha afabilidad.

Así los días sucesivos continuamos nuestro viaje por campos y montañas, por sendas y despeñaderos que dan miedo, y por bosques y lugares poblados de fieras y reptiles, llegando al fin á ésta sin novedad, gracias á Dios.

Aquí nos tienen, pues, envueltos en nuestras faenas religiosas de Misión, estudio y enseñanza; y si en la navegación y viajes, y luego en la aclimatación he padecido mucho, me voy reponiendo para proseguir en el servicio de Dios Nuestro Señor.

FILIPINAS

Religión, falsas creencias y raras costumbres de la raza montés

(Conclusión)

EL P. Eusebio Barrado, misionero de estas gentes, decíame en cierta ocasión que es muy grande la repugnancia que tienen á pasar por el territorio de otros dattos, á cuya obediencia no están sujetos. Para que este paso se pueda hacer sin ningún peligro del viajero, tienen los principales una lanza llamada *quiap*, mucho más grande que las ordinarias, con incrustaciones de plata á lo largo del asta, y con el remate inferior de metal: la entregan mediante una insignificante retribución, como salvoconducto, al viajero que ha de atravesar las regiones de otros dattos, y éstos, al reconocer la lanza del datto principal le dejan paso libre, sin ofenderle en lo más mínimo, antes con muestras de consideración y deferencia; y esto tiene lugar, según me ha referido persona que merece todo crédito, aun cuando haya guerra entre unos y otros.

Los dattos principales muestran su grandeza en el uso de ánforas descomunales, donde guardan objetos raros y curiosos, y que sirven á la vez de depósito de comestibles; lo *águnes* no son de ellos menos apreciados; pero lo que tienen en más estima, tanto los señores como los súbditos, son unas cajas prismáticas cuadrangulares, á manera de pequeños cofres, claveteados por su parte exterior y en todas sus caras con monedas de á dos cuartos, en forma de muy simétricos é historiados dibujos; en las cuales guardan los trajes y armas. Las armas que más usan son los *balaraos*, de más ó menos valor, que adquieren de los manobos del Agusan á cambio de telas, maíz, camote, sal, etcétera, etc.; el *bangcao*, que es la lanza de que se sirven, ya para guerrear con sus enemigos, ya para sus fechorías, unas de las cuales es cautivar y esclavizar á los niños, asesinando á los padres. Dichas lanzas suelen ser de muy buen temple. También lo son mucho sus *bolos*, y alguno que otro *cris*, que á veces se ha visto en poder de los *Baquidnons*, sin duda adquirido de los moros, pues además de que es bien sabido que los *Buquidnons* se comunican con aquéllos por el río Pulangui, tienen dichos *crises* inscripciones y sellos morunos. Un *bolo* tuve en mis manos, cuyo mango ó empuñadura sobrepujaba en valor á muchos *crises*, porque siendo de una madera oscura, durísima y pesada, que me pareció *manconó*, tenía muchas y grandes incrustaciones de plata, y por algunas que se habían desprendido, comprendí que no

eran sencillas laminitas, sino trozos de bastante espesor; la vaina correspondiente era de *baticulin*, labrada con mucho esmero.

El P. Barrado, de quien poco ha hice mención, asegúrame haber visto entre estos infieles alguna que otra cota de malla formada de placas de latón, de alambre muy grueso del mismo metal y de adornos de plata, destinada á cubrir todo el pecho y espaldas. Dificil sería señalar de quiénes y de qué manera las hayan obtenido, pero según el modo como están construídas y por lo que he podido averiguar aparece que son muy antiguas, y por lo mismo dignas de figurar en cualquier museo de armas ó de antigüedades (1). Otras tienen más comunes, que fabrican ellos mismos, y consisten en unas almohadillas de unos tres dedos de espesor, bien trabadas entre sí, que les defienden pecho y espaldas, no sólo de los dardos, sino también de las lanzas enemigas. Los reyezuelos de esta raza se ciñen las sienes con el *pinditon*, que es una corona de ropa de tres puntas, la del centro, mayor; y todas, adornadas á lo montés. Ya diré en qué ocasiones hacen uso de esta corona.

Varios de dichos objetos, que están en mi poder, así como un curioso *saca-fuegos*, del cual voy á decir dos palabras, son de agradecer á la generosidad de D. Procopio de Alcántar, juez del pueblo de Tagoloan. Consiste el *saca-fuegos* en dos cilindros de madera, muy resistente y poco porosa, vacío el uno y macizo el otro; éste, que se adapta muy perfectamente al primero por la parte interior, tiene en uno de sus extremos un poco de yesca con polvos muy finos de azufre: preparado de este modo, se introduce un poquito por dicho extremo en el cilindro hueco, y se le da un golpe fuerte para que se introduzca todo de una vez, y, sacándolo de repente, aparece encendida la yesca, que aplican luego al tabaco. No es otra cosa que un pequeño eslabón neumático, tal como lo representan de ordinario los autores de física.

Fuman el tabaco que ellos mismos cosechan, que es tenido como el de más excelente calidad, y que venden en no pequeñas cantidades en Cagayán á cambio de ropas ú otros objetos de que ellos carecen. Como si los de esta raza fueran ya algún tanto más civilizados que los de otras, fuman el tabaco en pequeñas pipas de tierra, madera ó cuerno, que ellos mismos labran, añadiendo un canutillo de caña á modo de boquilla. Mascan el tabaco sin pasarlo, y también el buyo, y en vez de guardar la cal en tubos de caña primorosamente labrados, como los manobos y mandayas, la conservan en pequeñas cajas de latón, hermoeadas con artificiosos adornos, cada una de las cuales trae su correspondiente paletilla del mismo metal, sujeta por medio de una cadenilla.

Para ir más desembarazados en sus viajes, usan lo que ellos llaman *salapa*, que es una caja de latón en forma de media luna, que con los cordones sujetan á su cintura por delante. El *lotoan*, ó zurrón, adornado con ricas labores de color muy vario, les sirve también para sus caminatas: guardan en él la moneda, el tabaco, el buyo, el arroz, etc., etc. Aunque pueden emprender

largos caminos á pie sin rendirse, y sufren bien las incomodidades del camino por montes y bosques, son tan buenos jinetes, que por empinadas que sean las subidas, no se apean jamás del caballo. Este de ordinario va enjaezado con uno ó más collares de cascabeles, al estilo de las caballerías que conducen los arrieros de Cataluña, metiendo como ellas tal ruido, que á distancias avisan el paso del viajero.

Se dedican al cultivo de las tierras, haciendo extensas plantaciones de maíz, el cual les suministra no sólo el alimento ordinario, sino también buenas ganancias vendiéndolo en pueblos playeros y proveyéndose, en cambio, de muchos artículos que no tienen en los bosques, la sal en primer término. Como no cuentan por meses ni por años, sino por cosechas, para conocer el tiempo de la siembra atienden al aspecto del cielo; y así al divisar en el firmamento ciertas constelaciones, que designan con nombres muy raros y completamente arbitrarios, sabiendo que son, por ejemplo, las que preceden á la época de las lluvias, se apresuran á quemar árboles y á preparar los terrenos para la siembra. Para el cultivo de las tierras he visto usar el arado, algo diferente de los de España: el que lo guía jamás deja su azuela para cortar las raíces que halla al paso el arado. Para labores algo más delicadas sírvense de un pequeño azadón de mango corto y encorvado. Apenas se encontrará casa de *Buquidnon* donde no tengan uno, ó á veces más molinillos para moler el maíz: están formados por dos cilindros de piedra muy dura: el inferior, fijo sobre un montante de madera; y el superior, móvil, con un orificio en su centro, por donde se echa el maíz; y el movimiento circular con que se tritura el grano, se imprime con un manubrio fuertemente adherido á un lado del cilindro móvil. Curioso me pareció un aparatito que vi en Jasaan para quitar las pepitas al algodón: consiste en el engranaje particular de las roscas de dos cilindros, los cuales permaneciendo muy juntos, dejan paso á la parte filamentosa, y no á las pepitas, que son del tamaño de pequeños guisantes: el movimiento se da mediante un manubrio, que es continuación del cilindro superior: todo el aparato es de madera, pero funciona con bastante regularidad, aunque con alguna incomodidad del que lo usa. No poco cunde entre los monteses el afán de cosechar *abacá*, pues no ignoran el alto precio que tiene este filamento en el comercio. Pero á algunos les sale el sueño muy al revés, porque topan á menudo con traficantes chinos, ladinos como ellos solos, que les explotan engañándoles en el precio y en el peso, y, lo que es peor, los llenan de alcohol, brindándoles á beber en grande...; en fin, después de haber empleado los infelices toda la semana en el negocio, llegan otra vez á sus bosques con los efectos de la embriaguez, sin *abacá*, sin dinero, con algunas miserables chucherías tal vez, irrisorio recuerdo del engaño de que fueron víctimas. Al tiempo de la recolección del palay, á la madrugada, antes de emprender las faenas ordinarias hasta amanecer, suelen cantar en cantos populares, alternando hombres y mujeres, ó bien la historia de sus antepasados, ó bien las proezas de alguno de sus héroes, ó algún pasaje de nuestros primeros padres Adán y Eva, corrompido y mezclado, como se supone, con sus falsas creencias. Los aires de estos can-

(1) Regalo del P. Eusebio Barrado es la hermosa cota de malla de que arriba se hace mención, y que se halla actualmente en el museo de armas del Ateneo Municipal de Manila.



Tipos natongas. — Un jefe, su mujer y su hijo.
Tipos vatuas y valangas. — Dos jefes y su intendente.

AFRICA AUSTRAL. — Tipos diversos del distrito de Inhambana.

Tipos vatuas ó lamdnos. — Un jefe y sus dos secretarios.
Tipos vandongas ó valangas. — Un royezuelo y sus dos hijos.



INDOSTÁN.— La danza de la cuerda. (Pág. 503)

tos son en general tristes y monótonos. Sus instrumentos músicos son pocos y rudimentarios, entre ellos el *pulala*, ó sea un clarinete de caña, de sonido muy chillón, que es el más apreciado; una como flauta de caña; un remedo de guitarra (*tiape*) con tres cuerdas solamente; y el *duyuray*, ó tambor muy pequeño, de caña formado con la cáscara del coco ó con un tubo.

Aunque tan sumidos en las tinieblas de la gentilidad, vislúmbrense entre ellos algunos rayos de civilización, vestigio, sin duda, de la pasada dominación española; porque tienen sus leyes y tribunales para castigar el robo y otros delitos; leyes que, pasando de padres á hijos, son reformadas según la mayor ó menor discreción del datto superior, al cual acuden en demanda de justicia los que en cosa grave han sido ofendidos. Sentado el datto y ceñidas sus sienes con su flamante *pin-ditón*, y empuñando su diestra el famoso *quiap*, hace sentar junto á sí á los dos dattos subalternos, y acto continuo es llevado el reo á su presencia. Los que lo conducen dejan las lanzas clavadas en el suelo junto á las gradas de aquel tribunal, para que nadie, en vista de los delitos de que el reo es convencido, se atreva á tomar del delincuente justicia por sus propias manos. Oídas las razones de una y otra parte, y después de to-

mada deliberación, administra justicia el datto superior en unión de los dattos subalternos presentes al acto, y se ejecuta sin dilación la pena decretada, para satisfacción de los agraviados, castigo del ofensor y público escarmiento de todos. Cuando el delito no es muy grave, se condena al ofensor á pagar cierto número de platos grandes y pequeños, añadiendo á veces alguna tinaja de China, si el delito es algo mayor. Pagada esta multa, ofendido y ofensor han de partir, de un solo golpe de *bolo* y á la vez, un bejuco que sostienen los jueces; si por casualidad el bejuco no fuere cortado á un tiempo, es señal evidente de que las partes contrarias se tienen aún enemiga, siendo por consiguiente miradas todavía con prevención y recelo.

Es cosa ya sabida entre estos infieles que el que mata á un datto, ha cometido tal crimen, que jamás podrá borrarlo, y el autor y toda su descendencia son considerados como esclavos, y todos tienen derecho á reducirlos á servidumbre siempre y cuando quieran.

Haré mención aquí de ciertas raras aprensiones y de algunas de las supersticiones de esta raza.

Siempre que ofrecen algún alimento ó bebida á los convidados, pruébanlo ellos primero, para quitar al huésped toda sospecha de engaño ó veneno. Entre los

monteses es falta de educación y buena crianza el manifestar sus nombres en la conversación, y si alguno es preguntado: «¿Cómo se llama V.?» no responde el interrogado, sino otro cualquiera del grupo y dice: «A éste le llaman Colás.» En cuanto al descanso que el hombre debe tomar, dicen que lo mejor es imitar á las aves, que se acuestan á la caída del sol y despiertan al colorear de la aurora. Dicen que el arco iris es la faja colorada de dos hombres célebres, *Banlac* y *Aguio*, que subieron al cielo de un gran salto desde la colina denominada Balábag, sin que se haya sabido más de ellos. Estos infieles cuentan por noches y no por días, de suerte que el modo de expresarse es éste: «Aquel viaje durará unas seis noches;» «pasadas cuatro noches, empezaremos á edificar la casa.» Viéneme á la memoria que lo mismo hacían los antiguos Germanos; y á lo que parece, algunos pueblos de la Oceanía guardaron en tiempos remotos el mismo estilo. Al encontrarse fuera de sus casas y apartados de su pueblo ó ranchería, si ven que la luna tiene halo, se persuaden de que en su pueblo juzgan á alguno, y por el temor de que pueda ser un allegado suyo, vuelven inmediatamente á su hogar, á trueque de poder salvar al reo. Están convencidos de que si llueve y al mismo tiempo los rayos del sol ilumina tal ó cual bosque lejano, es porque los *Buquidnons* tienen guerra en dicho punto; y el sol no quiere apartar su luz, para que luchen con más valor. Si oyen el canto del pájaro *limocón* en determinadas circunstancias, no salen de sus casas, porque les espera, según ellos dicen, algún peligro ó emboscada en el camino; y si el canto les sorprende en el mismo camino, en esta ó en aquella actitud que ellos se saben, se vuelven inmediatamente á sus casas, no queriéndolo continuar por razones algunas. Cuando en medio del camino encuentran el gusano que llaman *lábud*, retroceden, porque afirman que les sobrevendría alguna enfermedad ó desgracia, si así no lo hiciesen. Si entran en alguna casa para visitar á los que allí viven, y durante la conversación vuela algún gallo ó gallina, y pasa por delante del forastero, al momento los dueños de la casa matan al ave atrevida, y se la comen en amigable consorcio con el huésped, para quitarle el susto y devolverle el alma, que creen que con el susto se separó del cuerpo y vuelve al mismo con la alegría. Otras rarezas por el estilo podría referir, las cuales dejo por no cansar á V. R.

Al hablar de las viviendas de estos infieles es preciso distinguir entre los que moran en poblado y habitan en los bosques. Aquéllos construyen sus casas con mucha holgura y comodidad, siendo indispensable el que tengan un cuerpo saliente adherido á la misma casa á manera de galería, abierta por todos costados al aire, menos por el que se comunica con el interior: á esta galería se adapta la escalera, de madera por lo regular, de forma muy sencilla y generalmente sin barandillas. No siempre los materiales empleados son caña y nipa; casas de *Buquidnons* he visto que tienen las paredes de tablas bastante bien labradas, muy sujetas, pero sin necesidad de clavos, martillos y sierra. ¿Pues cómo? dirá alguno. Ahí está el busilis, como suele decirse; pues sencillamente, se cose unas tablas con otras; y he ahí otra maravilla, para que con un susto se nos quite otro.

Todas las tablas tienen seis agujeros á lo largo, tres á un lado y tres á otro, y, juntándolas por los bordes, se hace pasar un trozo de bejuco muy delgado y resistente por dichos agujeros, y quedan tan fuertemente sujetas, que para nada se echan menos los clavos. Los que viven aislados en el interior del bosque, ó en las quebradas de los montes, hacen sus casas de poca altura, aunque muy levantadas del suelo, por el temor que tienen á las lanzas de los enemigos.

Muy grande es el respeto que todos estos infieles tienen á los difuntos, y así de ordinario los entierran en sus sementeras, y con ellos la lanza, bolo y demás prendas que en su vida fueron de su uso particular. A lo largo del sitio que ocupa el cadáver amontonan tierra, formando una colinita, y á cortos trechos clavan en el suelo unos troncos en forma de X, encima de los cuales colocan una corteza de árbol, que sirve como de tejado al montón de tierra, que tienen por sagrada. Jamás se olvidan de suspender del extremo superior de un largo palo un saquito de arroz, con que se sustente el difunto mientras su alma emprende, según ellos, el largo camino al monte Bolotucan. Es el Bolotucan el pico más elevado que domina toda la región comprendida entre Jasaan y Lagónlong. Llegado el difunto á la cúspide del mismo, de un salto se sube al cielo, más ó menos arriba, según haya sido la probidad de su vida, y allí permanecerá para siempre. Todos los parientes del difunto, hombres y mujeres, hacen en caso de muerte grandes demostraciones de dolor; se dejan suelto el cabello en señal de luto, y no lo recogen hasta después de un período más ó menos largo, según el amor que profesaron al difunto.

He contado tan por menudo todas estas cosas, para que se entienda la oscuridad y tinieblas en que estaban todos los de esta raza antes que fueran visitados por los Padres misioneros. Indecible es, reverendo Padre, el consuelo que he tenido al ver el celo y actividad con que éstos procuran el bienestar espiritual y material de tantos pobrecitos. Y en honor de la verdad debo decir á V. R. que no han quedado frustradas sus esperanzas y trabajos, pues en menos de cuatro años más de 6,600 infieles, que moraban en la región de las sombras de muerte, han sido alumbrados por la antorcha de la fe, han renegado de sus falsas creencias y ridículas supersticiones, y han sido regenerados en las aguas del Bautismo. ¡Dichosos misioneros, los que en tales ministerios andan ocupados, y felices conversos los que por los trabajos de aquéllos han pasado de tanta vileza á tanta dignidad!

LA LUCHA CONTRA EL BUDDISMO EN CEILÁN

POR EL Rdo. P. CARLOS COLLIN, O. DE M. I.

VI

Punta de Gales.—Una cristiandad naciente.—Iglesia del Sagrado Corazón en Tangales.—Amblangoda.—Contradicciones.—Oposición de los budistas.—Conclusión.

MIENTRAS la Religión católica florece en el Norte de la diócesis de Colombo (provincia del Oeste), donde cuenta ciento treinta y cinco mil almas en una población de setecientos sesenta y cuatro mil (ó sea

un diecisiete por ciento), oprímese el corazón del misionero al ver cuán poco conocido es Jesucristo en la parte meridional de la diócesis, donde dos mil ochocientas personas únicamente, en un total de cuatrocientas noventa mil (cosa de medio por ciento), profesan nuestra Santa Religión. Desde su llegada á la diócesis, el Ilmo. Bonjeán, dolorosamente impresionado por la miserable condición de esta provincia, se esforzó todo lo posible para remediarla. Al efecto la dividió en tres Misiones: las de Gales, Matara y Amblangoda, y la erigió en distrito separado. Conviene decir algo sobre cada una de las divisiones de esta provincia.

1. Punta de Gales, puerto en otro tiempo muy frecuentado, ha perdido hoy su importancia por ser Colombo punto de escala de todos los buques en su travesía de Europa á las regiones extremas de Asia. Lo que ha ganado Colombo de doce ó catorce años á esta parte, lo ha perdido Gales, y nuestros católicos de este último puerto de mar han experimentado sensibles pérdidas por la decadencia de la ciudad. Aunque esto ha contenido algún tanto el progreso de la Misión, tenemos allí una iglesia muy bella, y escuelas para niños y niñas: experimentase la falta de una Comunidad de Religiosas que tome á su cargo la escuela de niñas y funde un asilo para huérfanos, lo que nos permitiría recoger los niños que los buddistas ofrecen á la Misión.

A poca distancia de Gales, en la aldea buddista de Kanegama, un centenar de católicos se han agrupado al rededor de la hermosa iglesia de San Francisco Javier, iglesia que, con un buen catequista, podrá ser un centro para la evangelización de los buddistas.

En la aldea de Ganegama, distante diez millas, tres ó cuatro familias buddistas, tocadas por la gracia, recientemente han solicitado y recibido el Santo Bautismo. Esta conversión ha sido muy notable, pues no solamente no hay católicos en esta localidad, sino que los protestantes hace más de cincuenta años tienen muy cerca, en Baddegama, un vasto establecimiento, y ofrecen grandes ventajas materiales á quien quiera se inscriba en su registro de bautismo. Con todo aquellos infieles, habiendo reconocido la verdad del Catolicismo, vinieron directamente á llamar á la puerta del verdadero pastor de las almas, sin detenerse á oír las predicaciones de los ministros del error. Ahora desean ardentemente construir en su aldea una iglesia dedicada á San Antonio de Padua, uno de los Santos más populares en esta isla. Difícil será la obra, pues son pobres y poco numerosos, y convendrá prestarles auxilio. Cuando en 1889 el Ilmo. Bonjeán fué á Punta de Gales para administrar la confirmación, estos neófitos le pidieron que hiciese una visita á su aldea. Accedió gustoso su ilustrísima, y le mostraron el solar para la futura iglesia. Es una colina aislada, rodeada de arrozales y plantaciones de caña de azúcar y toronjiles. El Prelado no pudo menos de aprobar la elección del sitio y de alentar á los fervorosos cristianos en su piadoso proyecto. Esperamos que no transcurrirá el año sin que se hayan echado los cimientos de la nueva iglesia.

A algunas millas de distancia uno de los católicos más influyentes de Gales, que posee una plantación de

té, cocoteros y toronjiles, ha prometido cedernos terreno para la construcción de una capilla, con la esperanza de que muchos de sus trabajadores se sientan movidos á abrazar el Cristianismo.

2. La Misión de Matara ocupa la extrema punta de la isla de Ceilán, y sigue el litoral, de Oeste á Este, cerca de ciento sesenta kilómetros. En esta vastísima comarca, el pobre misionero no tiene más que dos modestas capillas en ambos extremos de su Misión, Matara y Hambantotte, y sus cuatrocientos cristianos, dispersos en medio de buddistas y protestantes, son verdaderamente dignos de compasión. Sólo instalando nuevas estaciones, con iglesia, casa y escuela, podrá perfeccionarse á los cristianos y atraer á los infieles.

El primer punto que llamó la atención del ilustrísimo Arzobispo fué la ciudad de Tangales, á la mitad del camino entre Matara y Hambantotte. Hay allí una docena de familias á las cuales el misionero no ha podido todavía, por falta de albergue, dar las instrucciones y auxilios que reclaman. Los buddistas son allí morigerados, y no hay en el distrito otros que ofrezcan tantas esperanzas de conversión. Todo indica, pues, la urgencia de una fundación en aquel punto. Un acontecimiento inesperado ha venido á facilitar la realización de este proyecto: un médico protestante, que siempre se había mostrado muy hostil á los misioneros, trocóse de repente y ha dado á la Misión un terreno excelente á orillas del mar. Allí el P. Harmant está levantando una casa-iglesia, que será un beneficio inestimable para este país.

Luego de concluida, el P. Harmant se dirigirá á Moraivak, entre plantaciones de té, y Deneyaya, á cuatro millas de Matara, donde un negociante cristiano ofrece solar para una iglesia, haciéndonos esperar gran número de conversiones entre los buddistas con quienes mantiene continuas relaciones.

3. Hablemos ahora de la Misión tan combatida de Amblangoda, puesta desde su fundación bajo el patrocinio de María Inmaculada. Allí el P. Couvert lucha tres años ha contra los buddistas más encarnizados de la isla. Recorriendo su Misión en todos sentidos, el Padre Couvert ha encontrado sesenta católicos diseminados, la mayor parte de los cuales apenas se acuerdan de su bautismo. Al cabo de un año de esfuerzos é instrucciones á domicilio, el misionero tuvo el consuelo de confesar á veintidós de aquellos infelices extraviados, y de admitirlos á la Sagrada Mesa. Al mismo tiempo bendijo muchos matrimonios, y administró el bautismo á treinta individuos. Entre los nuevos bautizados contábase dos jóvenes buddistas, una de las cuales sólo sobrevivió tres horas y otra dos días.

No pocos buddistas visitaron al P. Couvert, le escucharon atentamente, reconocieron que su Religión era la mejor, y aun comenzaron á aprender las oraciones, pero al fin todos se retiraron, diciendo que les era sumamente duro abandonar sus creencias, á causa de que sus correligionarios les hacían una guerra encarnizada, amenazádoles con arrojarlos de la casta, y negarles el agua y el fuego. Convertirse al Catolicismo, era hacer imposible su permanencia en el país.

En efecto, la llegada del misionero católico en aquella plaza fuerte del Buddismo produjo general consternación. Cuéntanse allí por millares los sacerdotes budistas, y comprendiendo el peligro que les amenazaba, dieron la consigna de hacer el vacío en torno del sacerdote católico: todos los budistas tuvieron que comprometerse con juramento á no abandonar su religión. Se llegó hasta á amenazar de muerte al P. Couvert.

¡Cosa extraña! Los misioneros protestantes hace más de cuarenta años están instalados en Amblangoda, donde tienen una escuela á la que asisten los niños budistas, sin que nadie se conmueva ni haya tratado de expulsarlos. Débese esto sin duda á que no les temen. Sírvense de ellos para aprender inglés y geografía; pero nadie quiere su religión ni la toman en serio. Los protestantes no han conquistado siquiera un pagano en este distrito, en el que sólo se teme á los católicos, á los romanos, como se nos llama.

Así no fué poco el sobresalto de los budistas al saber que el 9 de Mayo de 1890 debía llegar el Arzobispo de Colombo. Todos los católicos del distrito se prepararon gozosos, y dispusieron una casa bien adornada. El Ilmo. Bonjeán, acompañado del Rdo. P. Chounavel, vicario general, y del Rdo. P. Couvert, fué recibido por cincuenta católicos que acudieron de todos los puntos de la Misión. Pasóse el día confesando é instruyendo á los cristianos, y á la mañana siguiente S. Ilma. distribuyó la Sagrada Comunión á los fieles, y administró la confirmación á diecisiete de ellos, que fueron las primicias del Espíritu Santo en aquella Misión.

El misionero de Amblangoda no tiene iglesia ni casa en parte alguna de su distrito. Sus cristianos le hospedan, ó bien alquila alguna casa no sin dificultades, pues los budistas no lo quieren por inquilino. Menos aun se prestan á venderle terreno para una iglesia, que es de necesidad urgente, y han declarado que no le permitirán fijarse entre ellos. Felizmente la Providencia ha venido en nuestra ayuda. Un rico católico de otra Misión poseía en Balapitiya, cerca de Amblangoda, un vasto y bien situado terreno plantado de cocoteros, y cedió el suficiente para construir iglesia, casa y escuela. Fué esto una gran victoria, seguida, no obstante, de no pocas luchas. En efecto, hacía seis meses que estaba firmado el contrato para la construcción de una casa-iglesia; pero cada vez que los operarios querían poner mano á la obra, los budistas se presentaban tumultuosamente para impedirlo. Fué preciso dar parte al magistrado, quien conminó á los agresores con penas severas. Por último, nuestros operarios usaron de una estratagema. Habiendo preparado á domicilio todos los materiales, vinieron en gran número al anochecer, y trabajando sin cesar hasta la mañana siguiente, echaron los cimientos, y fijaron las columnas de madera y las vigas, con gran sorpresa de los budistas, que no se atrevieron á destruir lo hecho, si bien profirieron muchas amenazas. Esperamos que mediante la protección de Nuestra Señora de Lourdes, á quien será dedicada la futura casa-iglesia, podrá ésta concluirse sin nuevas dificultades.

La obra de Dios se lleva adelante en Ceilán lentamente y en medio de contradicciones. *Per patientiam curramus*, decía el Ilmo. Bonjeán al P. Couvert al enviarle á fundar la Misión de Amblangoda. Esta divisa no es ciertamente del gusto de los misioneros jóvenes, cuyo celo ardiente teme la tardanza; pero, con un poco de experiencia reconócese cuánto se conforma este aviso de San Pablo con los designios de la Providencia, que no concede el éxito sino después de prolongados esfuerzos. En resumen, en el año transcurrido hemos administrado el santo Bautismo á 624 infieles adultos y 387 niños de infieles; hemos terminado la construcción de 3 iglesias en país budista, teniendo 6 en construcción y 18 en proyecto. Con las limosnas y oraciones de los piadosos subscriptores de *Las Misiones Católicas* confiamos continuar y combatir con éxito al espíritu de las tinieblas, que se hace adorar aquí con el nombre de Budda.

EN NUEVA POMERANIA

La siguiente carta del Ilmo. Coupé, de los Misioneros de Issoudun, primer vicario apostólico de Nueva Pomerania, contiene interesantes noticias de las islas y los habitantes de aquellos remotos archipiélagos de la Melanesia.

I

LAS ISLAS

Posición

EL vicariato de Nueva Pomerania hállase al Nordeste de la Australia, entre los 142 y 162 grados de longitud (meridiano de Greenwich), y el Ecuador y el 12 grados de latitud Sur.

Extensión

Comprende tres principales grupos, á saber: las islas del Almirantazgo, el grupo de Nueva Pomerania (Nueva Bretaña), el de Nuevo Mecklemburgo (Nueva Irlanda), y el archipiélago Salomón.

Estas islas están escalonadas de Este á Oeste en una longitud de dos mil kilómetros, y forman un total de cuatrocientas islas entre grandes y pequeñas. Las más importantes son Nueva Pomerania y Nuevo Mecklemburgo, que miden cada una de ciento á ciento veinte leguas de longitud.

Su superficie es de noventa ó cien mil kilómetros cuadrados.

Descubrimiento

Su descubrimiento es posterior al de América. En 1567 el navegante español Mendoza vió por primera vez la isla Isabela, del archipiélago Salomón. En 1616 los holandeses Le Maire y Schouten reconocieron las veinticinco islas que recibieron más tarde el nombre de Almirantazgo, y vieron Nueva Bretaña y Nueva Irlanda, que creyeron unidas á Nueva Guinea. En 1643 Tasman siguió el mismo camino é incurrió en idéntico error. En los siglos siguientes Dampier, Carteret, Bougainville,

de Eutrecasto y Dumont de Urville recorrieron sucesivamente todos estos parajes y pudieron trazar el mapa marino tal como lo tenemos hoy día.

A pesar de los esfuerzos de los misioneros, de los comerciantes y de los exploradores recientes, tales como Maklai, Fins y Guppy, este mapa dista mucho de ser completo, y si se exceptúan las tierras polares formadas por los hielos, las islas de la Melanenia, cuyo centro es Nueva Guinea, son desde cualquier punto que se considere, las menos conocidas del globo.

La posición exacta de muchas de ellas, sus contornos, la naturaleza y riquezas de su suelo, su flora y fauna, y sobre todo las razas diversas que las habitan, sus dialectos, sus creencias y costumbres, son otras tantas materias abandonadas á las investigaciones de los sabios.

Este rincón del Pacífico es como un mundo nuevo para explorar y conquistar. Aquí no son las abrasadas arenas del desierto como en el Africa Central, ni las barreras de hielo como en las regiones polares, ni siquiera los escollos que tan peligrosa hacen la navegación por los mares de la Oceanía, sino la perversidad, la barbarie tristemente célebre de los habitantes, lo que siempre ha opuesto y opone aún poderoso obstáculo á la exploración de aquellas islas.

Formación geológica

La sonda y el aspecto general de estas islas, que forman como una cordillera oriental de Noroeste á Sudeste, prueban que su sistema geológico corresponde al de

Nueva Guinea, el continente melnaesio, y son la prolongación de sus cadenas de montañas.

A excepción de algunas islas bajas y de formación madreporica, el conjunto parece ser una mezcla de formación primitiva y volcánica.

Altos montes cruzan estas islas y sus mesetas, entre otros el de Balbi en Bougainville, que en algunos puntos tiene más de tres mil metros de altura.

Volcanes

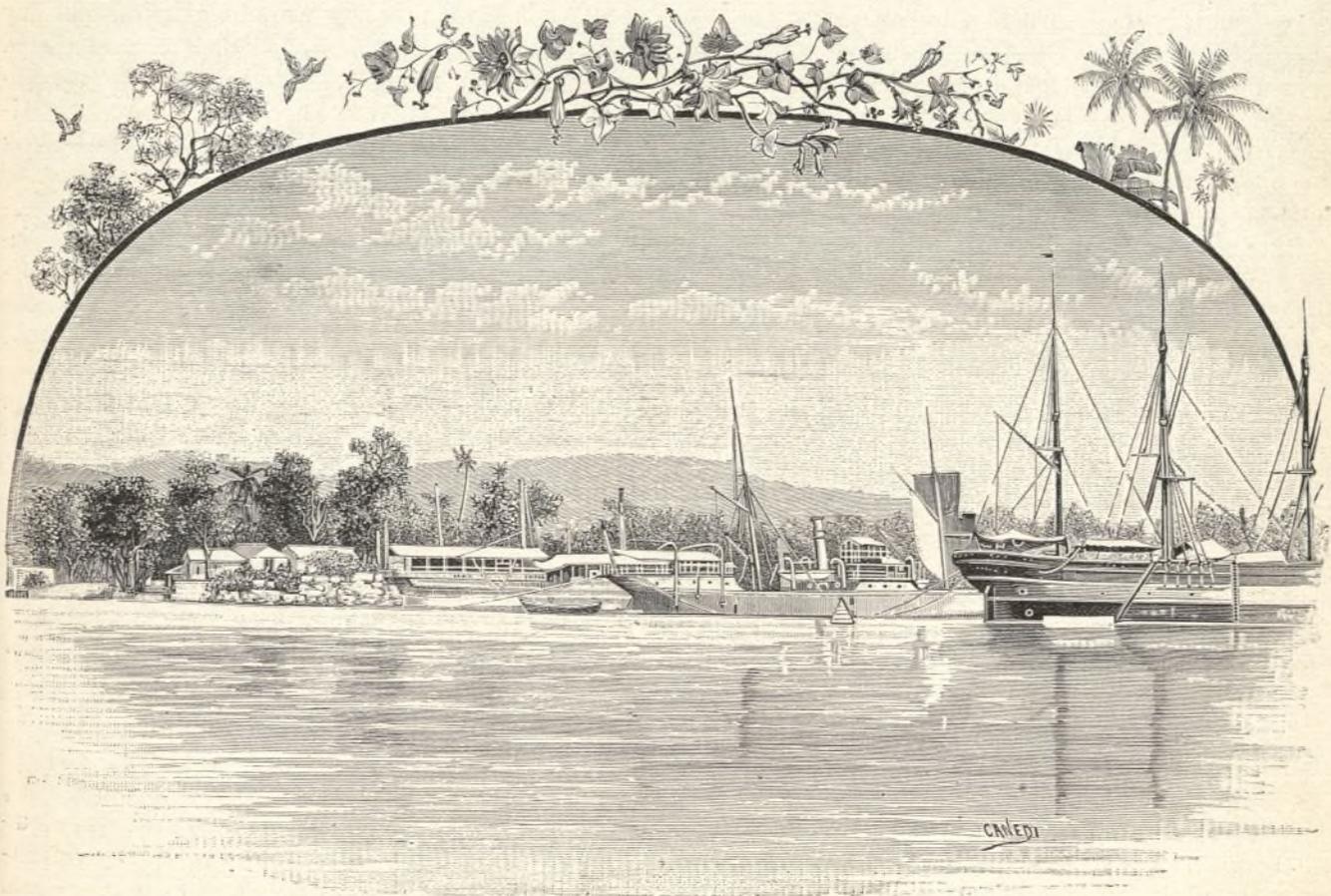
Numerosos volcanes, unos apagados y otros en ignición, frecuentes terremotos, trastornos del suelo, agitaciones del mar que producen olas devastadoras, y una espesa capa de piedra pómez en las costas, atestiguan la presencia de un centro volcánico considerable.

En 1887 un antiguo cráter se hundió en el mar, en el extremo occidental de Nueva Pomerania. La enorme ola producida por un desplazamiento de agua tan considerable y súbito, asoló las riberas limítrofes, causó la pérdida de los exploradores alemanes que se encontraban cerca, y lanzó á la costa los buques anclados en el puerto de Fins-Hafen, en Nueva Guinea.

Un suceso semejante se realizó, casi al mismo tiempo, en el archipiélago Salomón, y de él fueron víctimas los indígenas, quedando destruída la estación de un europeo.

Clima

Vientos alisios, designados en esta comarca con el nombre de monzón, soplan seis meses del Sudeste, y del



NUEVA POMERANIA (*Oceanía*).— Vista de Fins-Hafen, residencia del gobernador de la posesiones alemanas de Oceanía
(Pág. 498)

Noroeste los otros seis, que son la estación de las lluvias.

En todas las épocas del año, durante el día, el termómetro varía generalmente de 28 á 34 grados centígrados.

La calentura *malaria*, que reina en las costas, después de la ferocidad de los insulares es el enemigo más temible de los europeos. Confiase, sin embargo, que las mesetas del interior son sanas, y que ofrecerán una mansación agradable.

Belleza y fertilidad

Nada más encantador que estas islas vistas desde alta mar. Estos elevados montes, de cumbres nebulosas y flancos cubiertos de sombríos bosques, cuyos árboles tienen más de cincuenta metros; esos profundos valles, copiosamente regados y embellecidos por verdes praderas; esos cultivos en los claros del bosque, y esos bosquillos de cocoteros, en donde se ocultan las aldeas, todo ofrece un panorama de una variedad encantadora y grandiosa, atestiguando, sobre todo, una vegetación incomparable.

Por lo demás, su situación entre Nueva Caledonia y las Indias holandesas permite creer que no son inferiores, por lo que atañe á los minerales, la fertilidad y los otros dones naturales, á esas comarcas tan bellas, ricas y afortunadas.

Comercio y cultivo

La abundancia de cocoteros pudiera por sí sola dar lugar á un importante comercio de copra. Con este objeto se han instalado ya tres establecimientos en Bahía Blanca y en los alrededores de la península de la Gacela, al Este de Nueva Pomerania, que exportan anualmente cerca de mil quinientas toneladas de copra, cifra que aumentaría considerablemente si no fuesen tan peligrosas las relaciones con los insulares.

El terreno es á propósito para todos los cultivos de los trópicos. En una plantación de algodón y café en Bahía Blanca trabajan trescientos negros de las islas Salomón.

Asimismo se hace un activo comercio con el guano procedente de las islas del Almirantazgo, en donde hay abundancia de este precioso abono.

Gobierno

Alemania ha dado pruebas de habilidad anexionando estos hermosos países á su imperio colonial, y poniendo inmediatamente manos á la obra de colonización por medio de una Compañía comercial á la que ha concedido excepcionales derechos.

El puerto de Fins-Hafen, en la costa septentrional de Nueva Guinea, llamada Kaiser-Wilhelms-Land (Tierra del emperador Guillermo), es la residencia del Comisario imperial y el centro de operación de la Compañía. Desde este puerto cada seis semanas dos vapores ponen en comunicación con el archipiélago Bismark las diversas estaciones y Java.

Más de mil negros del vicariato de Nueva Bretaña,

contratados libremente por tres años, trabajan en las plantaciones de la Compañía. Por el pronto cultivase con preferencia el tabaco, que según parece es de superior calidad.

Gracias al reclutamiento de los insulares como obreros, se confía que paulatinamente será posible internarse en sus islas y abrir nuevos centros.

Todo esto creo contribuirá á que pueda difundirse el Evangelio. Por lo demás, el Gobierno, con buen acuerdo y comprendiendo la necesidad de la Religión para civilizar á estos infelices salvajes, parece dispuesto á concedernos amplia libertad en el ejercicio de nuestro santo y bienhechor ministerio.

LOS FRANCISCANOS EN MARRUECOS

PARACE que se ha querido conocer la opinión del muy Rdo. P. Fr. José Lerchundi sobre los sucesos de Melilla, ó más bien, sobre precedentes, significación y probables consecuencias de dichos sucesos; y con tal motivo el ilustre cuanto humilde Franciscano ha sido llamado á Madrid.

También ha dicho la prensa periódica que los Franciscanos de Tánger se han ofrecido generosamente á prestar sus servicios en Melilla ó donde más convenga; y con tal motivo se han hecho los consiguientes elogios de la ilustración, patriotismo y virtudes de los misioneros de Marruecos.

Nada de esto debe extrañarnos: no lo primero, porque bien conocido es el P. Lerchundi, y lo mucho que en su favor pudiera decirse permite asegurar que hoy no hay diplomático ni persona alguna más autorizada que él para emitir opinión sobre las cosas de Marruecos; y esto lo saben todos en España, aunque la envidia lo haya querido contradecir logrando que en muchas ocasiones no se hiciera el aprecio que merecen la virtud é ilustración del humilde franciscano. Tampoco debe extrañarse el ofrecimiento generoso de los frailes de Tánger, porque sabido es lo que son los frailes, su patriotismo, su virtud, y, á mayor abundamiento, conocidos son muchos de los principales misioneros de Marruecos y la historia de sus sacrificios.

Tampoco han de causar sorpresa las momentáneas alabanzas que la prensa tributa á los misioneros de Marruecos; mas éstos, como todos los Religiosos, sean ó no misioneros, no se conmueven por la efímera alabanza y el favor de hoy, como no se conmovieron por el vituperio y la contradicción de ayer; tienen perfecta conciencia del deber que su altísima vocación les impone, y sin otro aliciente que el de ganar almas para Dios y salvar la propia, al mismo tiempo trabajan por los intereses y la honra de su patria, van impertérritos hasta el sacrificio de la propia vida, sin pensar siquiera que hacen nada de extraordinario.

Los Franciscanos de Marruecos no esperan grados, empleos, honores, ni aumentos de salario ni cosa alguna de este mundo en recompensa de su obra; y sin embargo de no esperar estas cosas, harán mucho más de lo que prometerán y de lo que el mundo podrá comprender, como lo han venido haciendo hasta ahora.

¡Ah! si esos pobres misioneros hubieran sido ingleses, por ejemplo, en vez de ser españoles, á estas horas es posible que la cuestión de Marruecos fuese un asunto resuelto del todo en favor de Inglaterra. Pero son súbditos españoles, y en España, ni se aprovecha ni agradece un bien inmenso que apenas cuesta dinero alguno, y que algunas naciones lo pagarían de buena gana á caro precio porque se lo envidian.

Personas que lo han visto con sus propios ojos aseguran que en Marruecos ni embajadas, ni consulados, ni cosa alguna tiene tanto ascendiente, ni merece la simpatía, el respeto y la consideración que obtiene la Misión franciscana sin pretensiones, sin afanarse ni adular y, sobre todo, sin intrigar. Allí si el fraile recibe alguna ofensa, si se le escatima alguna vez el respeto y la consideración, es por parte de algún español, y casi siempre por los que, en virtud de su cargo, están más obligados á protegerles y respetarles.

¡Cuántas y cuántas humillaciones, vejaciones y desaires han sufrido esos frailes por parte de los representantes de España en Marruecos! ¡De cuántas maneras se han puesto dificultades y obstáculos á la benéfica acción de los misioneros por parte de los que debieran haberles ayudado! ¿Qué quedaría hoy que hacer en Marruecos si España hubiese dispensado á la Misión franciscana la necesaria protección? Y aún sin esta protección, ¿cuánto no ha progresado en Marruecos la Misión católica, especialmente desde que está al frente de ella el P. Lerchundi?

Los límites de un artículo no permiten entrar en detalles que confirmarían cuanto va dicho. Pero es oportunísimo hoy hacer constar que la Misión católica de Marruecos se sostiene y prospera, no porque España la proteja como debiera y como conviene á nuestros intereses nacionales, sino por la buena voluntad de los Franciscanos, siempre fieles al testamento de su santo Patriarca, y por las relevantes prendas de inteligencia, celo y actividad que han llegado á hacer ya del P. Lerchundi una figura simpática en toda Europa.

CRÓNICA

Inglatera.—En 1887, dos meses antes de su muerte, D. Bosco envió á Inglaterra algunos de sus sacerdotes. Estos establecieron en una pobre casa del populoso barrio de Battersea, donde una noble y generosa señora, la condesa de Stackpoole, había fundado de su peculio particular una iglesia para la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús que cuenta 20,000 almas, de las cuales 2,000 son católicos, en su mayor parte irlandeses.

La iglesia que encontraron en Battersea los sacerdotes de Dom Bosco, no era más que una especie de armazón de madera y hierro, cubierto de planchas de zinc, pues aquella era provisional; por eso el Ayuntamiento de Londres, atendido su estado de deterioro, ordenó el año pasado su demolición.

Esta orden, justa y equitativa, fué para el sucesor de D. Bosco, Rdo. D. Miguel Rua, una disposición de la Providencia. Sin perder un instante, dió orden para edificar rápidamente una iglesia de piedra, bastante capaz para satisfacer las necesidades del culto divino, y tan espléndida que recomendase el culto católico á los protestantes, sin contar con otros medios para la edificación del templo que la caridad pública.

La iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Battersea, ya ter-

minada, satisface á maravilla los deseos de D. Rua. Tiene de larga 42 metros por 22 de ancho, y es un modelo acabado del estilo románico de transición, esencialmente religioso y capaz de una decoración y ornato en armonía con el estilo del suntuoso edificio. Un magnífico campanario se eleva sobre el atrio y contribuye á dar al templo un carácter monumental.

El sábado 14 de Octubre el Ilmo. Butf, obispo diocesano, consagró la nueva iglesia.

El sucesor de D. Bosco, Rdo. D. Rua, y S. E. Mons. Cagliero, vicario apostólico de la Patagonia, se hallaron presentes á la consagración.

También asistieron á esta imponente ceremonia gran número de bienhechores de D. Bosco, procedentes de Italia, Francia, Bélgica y Holanda.

La nueva iglesia de los Salesianos indica un nuevo progreso de la fe católica en Inglaterra, llamada ya en otros tiempos la Isla de los Santos.

—Inglaterra se vuelve hacia el Catolicismo, ganando allí terreno todo lo referente al primado y autoridad del Papa y dignidad incomparable de la Santísima Virgen. Es, por otra parte, notable que individuos muy distinguidos en la Iglesia anglicana, experimentan la necesidad de proclamar públicamente que el celibato es indispensable en algunas Misiones. Así lo manifestó en una discusión de la Cámara de convocación el decano de Linolú. Pero esto equivale á predicar en desierto. Sin embargo, bueno es consignar estas aspiraciones de los protestantes, que tanto han vociferado contra el celibato del clero católico.

Fo-kien Sur (China).—Del actual vicario apostólico de aquella parte de la China, el Ilmo. P. Fr. Ignacio Ibáñez, gloria de España, tan pródiga siempre en abnegación y heroísmo por la propagación de la fe católica, publica *El Santísimo Rosario* las siguientes noticias:

«El P. Ibáñez nació en la ciudad de Toro, provincia y diócesis de Zamora, el día 7 de Junio de 1848, y vistió el hábito dominicano en nuestro Colegio de Ocaña el 10 de Septiembre de 1865, pronunciando sus votos el 11 de Septiembre del año siguiente.

«Terminados sus estudios de Filosofía y Teología, fué enviado á Filipinas, aportando á Manila el 18 de Julio de 1871. Al año siguiente tuvo la dicha de ser asignado por sus Superiores á las Misiones de China. Su primer cuidado, apenas llegado á este país, fué imponerse bien en el idioma; y á fin de poder ejercer su acción apostólica en radio más extenso, estudió á fondo los dos dialectos chinos que se hablan en las provincias de Fo-kien y Fogán, consiguiendo su empeño con tal perfección, que tiene escritos en aquel idioma varios libros y un diccionario, conceptuados como obras de mérito entre los inteligentes. En Fo-kién y Fogán pasó la mayor parte de su vida de misionero.

«Enviado más tarde á la Misión de Sian-Ufu, en la extremidad del vicariato de Fo-kien, lindante con la provincia de Kiáng-si, Dios ha puesto á prueba su intrepidez y celo por la fe en recios y multiplicados encuentros que tuvo con los mandarines del país, los cuales se oponían á la predicación del Evangelio. No cejó ante las dificultades el valor del P. Ibáñez, ni fueron parte á infundirle miedo las persecuciones y amenazas de los enemigos del nombre cristiano. Firme en su puesto, y luchando con tesón y prudencia contra todo género de obstáculos, llegó á posesionarse del campo de batalla, si bien más de una vez corrió gran riesgo su existencia.

«De la Misión de Sian-Ufu fué trasladado por los Superiores á su primera provincia de Fogán, donde construyó casa é iglesia, arrasadas ambas en la terrible persecución de 1888, en la que por poco no pereció el P. Ibáñez.

«En 1888 fué nombrado vicario apostólico de Fo-kien Norte, cuyo cargo desempeñó hasta el año de 1892, en que falleció el infatigable misionero Ilmo. P. Chinchón, primer vicario apostólico de Fo-kien Sur cuando se le separó de Fo-kien Norte en 1883, fué puesto en su lugar el P. Ibáñez, ornando además sus sienes con la mitra episcopal el Sumo Pontífice León XIII.

«Sea la nueva dignidad y difícil cargo del P. Ibáñez, presagio de ventura para las necesitadas Misiones de China, regadas con

tanta sangre cristiana, gran parte española, é ingratas todavía á los beneficios del cielo y sordas á los llamamientos de la gracia.»

Fernando Poo.—De una carta que el Rdo. P. Armengol Coll, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Santa Isabel al reverendo Padre Procurador, tomamos las siguientes noticias de algunas niñas rescatadas:

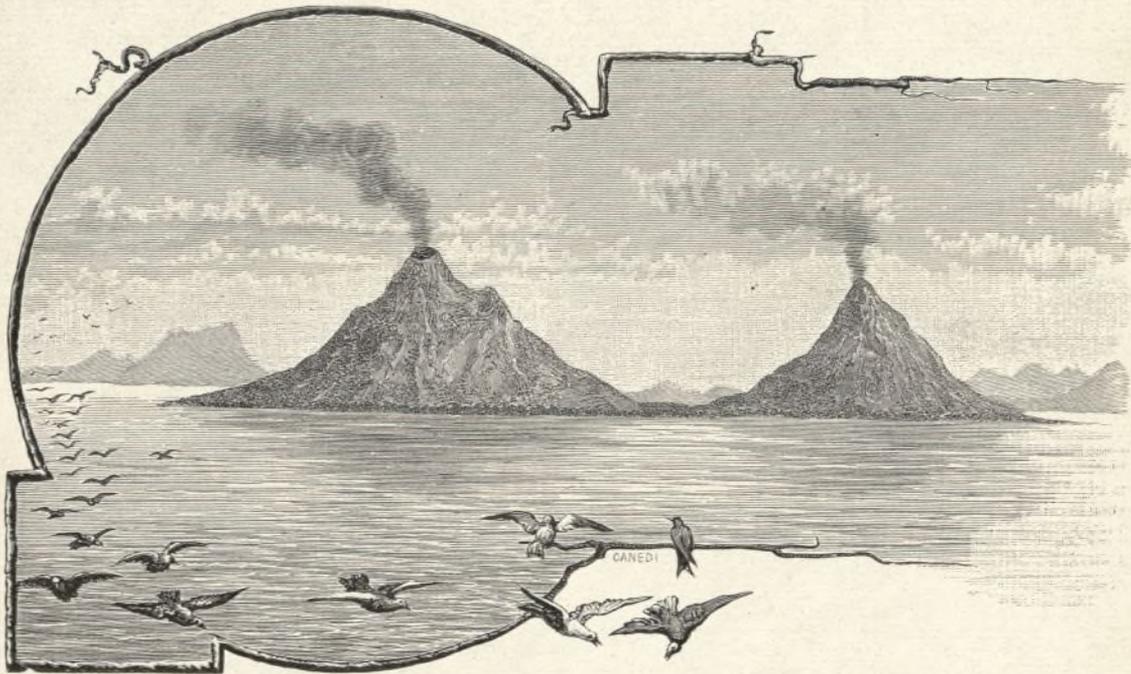
«...La pequeña Juana nació en Elobey Grande, llamada así por relación á Elobey Chico, islote muy pequeño separado del anterior por una lengua de mar de una milla de anchura. Ambos se hallan próximos al Ecuador, del cual no distan un grado. El padre de la niña, actualmente cristiano, había entregado hace unos cinco años uno de sus hijos á los Padres misioneros residentes en Corisco, los cuales le educaron en el Catolicismo, y en la actualidad trabaja en Santa Isabel en calidad de patrón de bote, para cuyo oficio se nota particular afición y habilidad en todos los bengas: se llamaba Upolo, y en el Santo Bautismo recibió el nombre de Pablo.

«Con este motivo conservó su padre muy buenas relaciones con los misioneros, las cuales se estrecharon al renunciar el Paganismo para abrazar nuestra Santa Religión. En este estado las co-

na intención y se la rescató, entrando luego en el Colegio de Religiosas, en donde llevó una conducta intachable.

«Era de ver cómo á pesar de la diferencia en edad alternaba con otras pequeñitas, siguiendo los actos reglamentarios del Colegio. Aprendió fácilmente en aquel recinto las obligaciones de una buena cristiana, y preparada competentemente, se le administró el Santo Bautismo. Poco tiempo después, unida canónicamente con un joven de buenos sentimientos, pasó á ocupar la nueva casa que el Padre Superior había hecho construir, formando la primera familia de un pueblo católico que, Dios mediante, aunque con grandísimo trabajo, iremos estableciendo cerca de la Casa-Misión, único medio de no perder el fruto de nuestros trabajos apostólicos.

«He dicho con grandísimo trabajo, porque, además de los gastos que esto ofrece, no son para dichos los dietarios, murmuraciones, insultos y burlas que de propios y extraños han de sufrir los que dejando su pueblo vienen á habitar cerca de nosotros, si quiera sea con ventajosas condiciones. Están los bengas, sobre todo los viejos, tan pegados á sus costumbres, varias de ellas contrarias al Cristianismo, que por conservarlas saltan todas las barreras y no ceden sino á la pura fuerza. De modo que no tienen



NUEVA POMERANIA (*Oceania*).—Volcánes *El Padre* y *El Hijo*, vistos desde la isla Duportail. (Pág. 497)

sas, un hombre que había dado por la niña algunas prendas de ropa quería llevársela contra su voluntad y la de su padre, que deseaba proceder en esto según su nuevo estado de cristiano.

«Dió aviso al reverendo Padre Superior de la Casa-Misión de Elobey de lo que pasaba, y el referido Padre procedió en seguida al rescate de la pobre niña, colocándola luego en el Colegio de Religiosas de Corisco, en donde reside muy contenta.

«Julia nació en Corisco, y siendo aun jovencita fué vendida por sus padres á un hombre que tenía ya otras tres. Con el trato y conversación con los Padres Misioneros resolvió convertirse al Cristianismo; pero no era posible bautizarla hasta que rompiese los lazos que la tenían atada con su poseedor, quien no quería desprenderse de ella sin haber antes recobrado la cantidad que había dado á sus padres.

«Luego que supo el rescate de Filomena, se presentó al Padre Superior de la Misión de Corisco, instándole vivamente para que la sacara de su infeliz estado. Pero antes de dar este paso el mencionado Padre probó por algún tiempo la voluntad de la muchacha para averiguar si eran los deseos de hacerse cristiana los que le movían á abandonar á su poseedor, ó si tenía algún otro fin bastardo, lo cual no es raro en estos países. Reconocióse su bue-

dificultad en dejar bautizar á sus hijos, pero después ponen todo el empeño posible en hacerles vivir como gentiles, aunque hayan hecho al Padre misionero mil promesas en contrario. Rueguen mucho por estas pobres criaturas.

«Se ha verificado el rescate de otras tres en Cabo de San Juan, de lo cual, con la ayuda de Dios, le daré más detalles en el próximo correo. No puedo menos de manifestar á los bienhechores de estas Misiones mi más sincero agradecimiento. ¡Cuántas lágrimas enjagan y de cuántos apuros podemos salir merced á su cooperación! El Señor les recompensará su generosidad, y en el cielo las almas salvadas por su medio han de formar su corona.

—En carta carta posterior, fechada el 17 de Agosto último, escribe el mismo Padre:

«Desearía con sosiego poder escribir á V. lo que le prometí en mi anterior; pero son las diez y cuarto de la noche, y mañana he de embarcarme á primera hora para Santo Thomé y Annobón, de modo que por fuerza habré de ser corto.

«De las tres muchachas libradas de sus poseedores, la primera se llama Manjambe, cuyo padre, llamado Pedro Idube, es cristiano y ha servido por mucho tiempo á los Padres de la Casa-Misión de Cabo San Juan. Vive este hombre en una pequeña casa

cerca del bosque, no sin que de vez en cuando deje de pasar algún susto por las fieras y serpientes. No hace mucho que una de éstas y de no pequeñas dimensiones invadió su casa, causándole no pequeña alarma, que se calmó con la fuga del reptil. Hay un muchacho en un pueblo cercano á la Misión referida, que tiene por nombre Njeuma, con el cual, Dios mediante, formará matrimonio canónico el día en que sean regenerados por las aguas del Santo Bautismo.

«Hay otra, cuyo nombre no he podido saber, hija del rey pamue de Uloba, de buen corazón y deseosa del Santo Bautismo. Entregado á su padre lo que por ella exige, será unida, Dios mediante, en matrimonio á un joven cristiano del pueblo de Meko, llamado Antonio Cusana.

«La tercera es una muchacha de la tribu de los hapubens, llamada Joko, la cual tiene en la referida Misión de Cabo San Juan un hermanito que se está instruyendo hace dos ó tres años.

«Haciendo un largo viaje de ocho ó más leguas, se fugó de su comprador, cuya compañía aborrecía hacía tiempo. No dejó de intentar el llevársela de nuevo; pero el reverendo Padre Superior, viendo que, aun según sus leyes, la muchacha no estaba obligada á volver, despidió á nuestro hombre, que reconociendo la justicia con que el Padre procedía, aceptó un pequeño obsequio que éste le ofreció, y con sólo esto de puso todo resentimiento.

«También un joven pamue, esclavo y cristiano, se refugió á la Casa-Misión por causa de los malos tratos que injustamente le daban las mujeres de su amo; y ha quedado en libertad merced á la entereza del Padre Superior, que se formalizó ante la exigencia del referido amo, que quería volviere á su tierra, siendo así que el muchacho deseaba muy ardientemente quedarse en la Misión.»

Filipinas.—Con viva satisfacción publicamos en la primera página de este número el retrato del Ilmo. Sr. D. Fr. Martín García Alcocer, de la Orden de San Francisco, obispo de Cebú.

Nació S. Ilmo. el 11 de Noviembre de 1842, en Albalate de Zorita (Guadalajara). Hijo de padres sólidamente cristianos y virtuosos, fué educado en el temor santo de Dios, y ya desde niño mostró afición á lo bueno y aptitudes para el estado religioso, el cual abrazó, vistiendo el hábito de novicio en el Colegio de Pastrana, el 10 de Octubre de 1860. Al año siguiente hizo su profesión solemne, y después que hubo cursado un año de filosofía, fué destinado por la santa obediencia, con otros veintinueve compañeros, al archipiélago filipino. En el convento de Manila cursó lo que le restaba de filosofía, teología dogmática y moral, y, apenas ordenado de sacerdote, fué nombrado predicador conventual de San Francisco, oficio que desempeñó con fruto y aprovechamiento. Terminados tres años de predicación, fué electo segundo Vicario del convento de Santa Clara de Manila, y en 1870 regresó á España, destinado por los Superiores al Colegio de Pastrana, con el importante cargo de Maestro de Novicios. En los seis años de su magisterio salieron de su escuela aventajados discípulos, que son hoy blason ilustre de la Orden Seráfica y de la Provincia Descalza de San Gregorio Magno de Filipinas.

En 1876 fué nombrado Vicerector del mismo Colegio de Pastrana, y al fundarse (1878) el convento de Arenas de San Pedro, fué elegido primer rector de aquel devotísimo Santuario. Dos años permaneció al frente de aquella Comunidad religiosa, edificándola con su laboriosidad y buenos ejemplos, y en 1880 fué trasladado, con el mismo cargo de Rector, al Colegio de Consuegra. Nombrado segunda vez maestro de novicios pasó á Pastrana, y en 1885 fué nombrado Rector de aquella respetable Comunidad. Hallábase desempeñando dicho oficio, cuando los Prelados de su Provincia lo presentaron á la Santa Sede para ocupar la Silla de Cebú. Admitida la propuesta, fué preconizado en Roma, y conagrado respectivamente en Madrid, en 7 de Junio y 27 de Septiembre de 1886, y al poco tiempo se embarcó para Filipinas. Por último, en 5 de Enero de 1887 tomó posesión de su obispado, y al frente de él continúa dando pruebas de ser un Obispo verdaderamente digno y celoso.

Excusado es encarecer las relevantes prendas que avaloran la personalidad del Ilmo. García; basta decir que, en su vida de re-

ligioso y mientras permaneció en el claustro, fué observante fidelísimo de la Santa Regla, laborioso y aplicado, y que, en los diferentes cargos que le confió la obediencia, supo portarse de tal manera, que se concilió la estimación y aplauso de súbditos y Prelados.

EL CONGRESO DE LAS RELIGIONES EN CHICAGO

COMO acontecimiento único en la historia, dice un periódico de Madrid, debe registrarse este Congreso. No vamos á juzgar el acto, sino á ser meros cronistas del mismo, advirtiendo que el Catolicismo en la expresada Asamblea, como en todas partes, ha logrado un triunfo más.

El Congreso se ha reunido para afirmar contra los que niegan la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la necesidad de la Religión en la vida del individuo y de la especie humana. Allí se ha levantado también la Roma de San Pedro y del Papa León XIII, y á guisa de la de Virgilio ha levantado su cabeza, como el ciprés entre las flexibles mimbreras, que no pueden hacerle sombra.

Dieciséis cultos han tenido representación en el Congreso de Chicago; cuatro mil personas concurrían á las sesiones. Los que pudieran llamarse presidentes, eran el cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore y el Arzobispo griego de Zante.

Había representantes del Braçmanismo, con sus simbólicos cordones, y judíos con sus *philacterios* y llevando bajo el brazo esos libros que fueron suyos para depósito, y hoy, como siempre, son elocuentes pruebas de la divinidad de Jesucristo. El Gobierno chino había nombrado su representante, y lo tenían también el Sintoísmo, del Japón; los budistas, de Ceilán; los armenios, y hasta los adoradores del fuego ó guebios.

Comenzaron las sesiones con un himno á Dios, y el cardenal Gibbons recitó grave y pausadamente la oración dominical: el *Padre nuestro*.

Mr. Carlos Bonney dijo que «la palabra Religión significaba amor á Dios y amor al hombre;» esto es, *toda la ley y los Profetas*. Excitó á los concurrentes á que formasen una liga de la Religión contra la irreligión, que, al levantarse contra toda creencia positiva, obliga á los que creen á estrechar cada vez más sus filas.

Mons. Lataz, arzobispo griego de Zante, revestido de los magníficos ornamentos que usa la Iglesia á que pertenece, bendijo al Congreso; los Rdos. Berrozos y Jones, presbiterianos, narraron los antecedentes de aquella reunión, sin semejante en la Historia universal; Mons. Fecham, arzobispo católico de Chicago, expuso la universalidad del Catolicismo. Volvió el cardenal Gibbons á tomar la palabra, y dijo: «Nunca nos acercamos más al Creador que al hacer brillar un rayo de la luz del cielo sobre el corazón de nuestros desheredados hermanos.»

La Sra. Augusta Chapín, doctora en Teología, elogió á Isabel la Católica, en nombre de su sexo y en nombre de América, por el espíritu y plan religioso y católico del descubrimiento. Hablaron después el reverendo Higinbotham, presidente de la Exposición inter-

nacional de Chicago, y el Rdo. Alejandro Mac Kenzie, que decididamente dijo que no había otra Religión que el Cristianismo.

El discurso del Arzobispo de Zante llamó extraordinariamente la atención del auditorio: «Bendigo á la poderosa República americana, dijo, en nombre de Cristo y en representación del pequeño reino de Grecia, depositario y heredero de las glorias de lo pasado.»

El Rdo. Augusto Hewitt, superior de los Paulistas en Nueva York, demostró la existencia de Dios por los argumentos ontológico y cosmológico, por los ya conocidos de Platón, Aristóteles y Plotino, y por la doctrina del Angel de las Escuelas. Mr. Mommeric, pastor anglicano de Londres, sólo empleó para el mismo fin los argumentos morales. Demostró la necesidad del sufrimiento y del dolor en la vida, y que muchas veces nos preserva de mayores males.

El rabino Isaac Vise, de Cincinnati, adujo las pruebas de la existencia de Dios, según la religión mosaica. «La Biblia y la razón, dijo, son dos criterios de certidumbre en materia de Teodicea.»

El brahman Manital Duivedi, de Bombay, trató esta cuestión según los Libros Sagrados de la India, y el Dr. Brodweck, de Hanover, manifestó una vez más la profunda ciencia del profesorado alemán, criticando esos mismos libros, tarea en que colaboró un misionero, Mauricio Phillips.

El Dr. Harris, superintendente de Instrucción pública en la Confederación norteamericana, dió muestras de sus extensos conocimientos filosóficos y teológicos al desarrollar las pruebas de la existencia de Dios, coincidiendo en el espíritu general de su discurso con lo que había dicho el Rdo. Hewitt, sacerdote católico de Nueva York.

Afirmar por afirmar ciertas verdades negadas por ateos, racionalistas y aun deístas, no puede haber sido el propósito que los iniciadores del Congreso. Ni los dignos Prelados católicos, miembros del mismo, hubieran contribuído á una obra inútil, ni en realidad sería digno de elogio reducir á una exposición de ideas religiosas lo que tanto interesa al hombre y á la sociedad. La sola presencia de un Cardenal y de Prelados católicos, es muy suficiente para imprimir carácter á las sesiones. Los mismos Concilios han llamado á la barra á los herejes, y si en algunos dejaban de presentarse, no podían con razón argüir de intolerancia á los que les dirigieron el emplazamiento.

El Congreso de las Religiones, reunido por los protestantes, ha venido á probar que la llamada Reforma quiere asirse á la tabla del naufragio; ha probado también, contra lo que dicen tantos sectarios, que no hay raza en que la Religión no penetre; que no hay pueblos ateos: al torneo de Chicago han asistido los Prelados cristianos, no como simples combatientes, sino como jueces del campo; donde quiera que se presentasen, había de pertenecerles el triunfo más brillante y completo.

En Chicago se ha demostrado que el pretendido descubrimiento de un ateísmo étnico y nacional, es una calumnia. Se ha dicho que frente á las maravillas de la ciencia palidecen las de la revelación; y en el país en que más se ha desarrollado el progreso material, allí

mismo las primeras necesidades morales se han expresado con más fuerza y unanimidad que en parte alguna. El Congreso de las Religiones será, por ésta y otras razones, uno de los más notables acontecimientos del presente siglo.

Más de una vez se habrán preguntado los miembros del Congreso en qué consiste que sólo al Catolicismo se haya dado la fecundidad por distintivo y privilegio, y sólo á él pertenezcan las verdaderas Misiones. ¿Dónde no es conocido el misionero católico, el que ejerce su ministerio independientemente de todo género de materiales intereses? Más de una vez los hombres que piensen se habrán preguntado por qué todas las ramas del Cristianismo no gozan del mismo privilegio, teniendo con el Catolicismo tantas afirmaciones comunes. Y sólo habrán comprendido la razón de esta diferencia cuando hayan leído en el Evangelio la magnífica alegoría; *De la vid y de los sarmientos: Ego sum vitis, vos palmites*. Separad los sarmientos de la vid; ¿qué habréis conseguido? ¿qué fruto obtendréis en adelante?

La vid estaba representada en Chicago por el Catolicismo; todas las restantes creencias religiosas eran sarmientos más ó menos separados del tronco, y por lo mismo todos estériles. La necesidad de la Religión debió reconocerse por todos en Chicago, y la luz de la revelación brilló despejada de nubes.

VARIEDADES

LA DANZA DE LA CUERDA EN LA INDIA

EN las Indias Orientales, como en casi todos los países, grande es la afición á los bailes y otros ejercicios corporales que, cuando no son excesivos ni traspasan los límites de la modestia, nada tienen ciertamente de reprehensibles. Así los reverendos Padres Jesuitas, atentos á guiar á sus neófitos con suavidad y firmeza, una vez cumplidas las prácticas de la más sólida piedad no sólo les permiten, sino que aun presiden por sí mismos aquellas recreaciones higiénicas, sencillas é inocentes. Una de ellas es la que se representa en el grabado de la pág. 492, y que allí llaman *la danza de la cuerda*. La ejecutan los naturales, vestidos con sus pintorescos trajes, sosteniendo varias cintas de diversos colores, que penden de un palo, formando con ellos, al tiempo que bailan al compás de la música, caprichosos dibujos.

Este honesto recreo es tradicional asimismo en nuestra Península. Con el nombre de *baile del trenzado* forma parte obligada de las fiestas religioso-populares de los valles de Veruela, cerca de Borja, en Aragón; y en la villa de Arbós y otras poblaciones de la comarca del Panadés, en Cataluña, es uno de los números predilectos del programa de la fiesta mayor con la denominación de *lo ball de las gitanas*, sin duda por la rareza del traje de los que en él toman parte. Con la particularidad, en estos últimos puntos, de que el palo no está fijo y horizontal, sino que, á fin de efectuar el baile en diferentes plazas, es movable y lo sostienen en posición vertical. Cuando á los danzantes sólo les

queda en la mano el cabo de las cintas, bailan de improviso en dirección inversa, y deshacen la trenza con la mayor soltura, en lo que despliegan mucha destreza, pues bastaría el más pequeño descuido para enmarañar aquélla y deslucir el juego.

¡Ojalá no hubiese más bailes que este del trenzado y otros que, como el del paloteo y arcos, revelan en sí singular inocencia y sencillez! ¡No arrebataría el espíritu malo tantas almas en los países que se tienen por civilizados!

NOMBRES DE MARÍA EN LA LENGUA DE LOS «COYAS»

El periódico sudamericano *La Perla del Plata*, que cuatro años ha se publica semanalmente en Luján (provincia de Buenos Aires), formando su colección preciosos anales del Santuario nacional de Nuestra Señora de Luján y del culto de María en las repúblicas del Plata, dice en su número correspondiente al 17 de Septiembre último:

Conocida es la devoción de los *coyas* á Nuestra Señora de Luján. Nunca pasan muchos meses sin que sea visitado este Santuario por grupos de cuatro, cinco ó á veces más de estos indios bolivianos que van recorriendo nuestras poblaciones para vender sus célebres remedios. Antes de emprender su largo viaje van á orar casi siempre en su querido Santuario de Copacabana, hacen allí la promesa de visitar el nuestro, y aquí los vemos cumplir su voto con las más evidentes y conmovedoras señales de su cariño y respeto á *Mamá de Luján*, como dicen ellos en su ingenuo lenguaje. (Véase la *Historia de Nuestra Señora de Luján*, cap. XL, núm. XIV).

En consideración al tierno amor que profesan los sencillos *coyas* á la Virgen Santísima, séanos permitido transcribir la siguiente composición, por la que conocerán nuestros lectores algunos de los nombres que le dan en su expresiva lengua natal, el *quichua*, y con los que la saludan tan á menudo en su venerable Imagen de Luján, en este su Santuario.

Salve, gloriosa María,
á quien los pobres indios
dulces afectos prodigan
y tiernos loores cantan
en su lengua primitiva;
loores que siempre escuchas
risueña y agradecida,
pues te los dicen, Señora,
con su fe dulce y sencilla.

—
Mamanchic, Señora nuestra,
cantan en lengua nativa,
coya, que Reina preciosa
bellamente significa,
pues, como Doncella y Madre,
te conocieron los Incas.
De real sangre Princesa,
Nusta también te apellidan.
Y *Zapay*, porque eres, Virgen,
la *única*, Tú, sin mancilla.
Como eres blanca azucena,
Yurac Amancay te gritan,
y *Chasca*, porque Tú como
lucero del alba brillas.
Citocoyllor, porque estrella
resplandeciente rutilas,
te dicen, y *Huarcarpaña*,
porque te ven sin mancilla.
Huc Hanac, porque no fuiste
en pecado concebida,

te adoran en sus cantares
saltando en danza festiva.
Mana Chancasca, te ruegan
por inviolable y divina,
y *Tazque*, Doncella pura,
claman en voces sencillas.
Diospa Mamán, porque fuiste
Madre de Dios escogida,
te invocan, y á tus altares
incienso y flores prodigan.
Amadora de los pobres
siempre fuiste, Madre mía,
Madre de misericordia
y Abogada compasiva,
y por eso *Huac Chacuyac*
te apellidaron los Incas,
con otros nombres hermosos
de su lengua primitiva.

—
Mírales siempre, Señora,
á los indios compasiva,
prole infeliz que á tus plantas
te pide, ruega y suspira.
De su pasada grandeza
sólo hay recuerdos; y ruinas
de su imperio portentoso
están do quier esparcidas.
Siempre al más desventurado
le acoges Tú más benigna,
y en ser Madre de los indios
has encontrado delicia.

Q. S.

MELILLA

Melilla ó Mililla, cuyo nombre parece derivarse de la excelente miel que en sus alrededores se recogía, está situada 38 leguas al N. S. de la costa de Motri, 50 al O. de Orán, 30 al E. de Ceuta, 25 del Peñón, 18 de Alhucemas y 58 al N. O. de Marruecos, y ocupa una península, unida al continente por un istmo de roca de 121 varas de longitud, 95 de latitud y 35 de elevación sobre el nivel del mar.

Los Reyes Católicos estimaron conveniente la restauración de Melilla, y en el año de 1496 salió del puerto de Sanlúcar de Barrameda una armada á las órdenes de Pedro Estopiñano; que sin resistencia alguna, se apoderó de sus ruínas, y las fortificó. El Duque de Medinasidonia la poseyó con título de capitán general de ella, por méritos que hizo con los Reyes, desde su conquista, hasta que en el siglo actual volvió al poder de la nación, y hubo que concluir con los últimos restos de la piratería que allí había dominado.

En tiempo de Fernando VI, dominando ya el país inmediato á Melilla los españoles, los moros, contenidos á gran distancia, reconocían y acataban la autoridad de nuestros gobernadores, y mantenían relaciones amistosas con ellos. La vega que se extiende al pie de la población era entonces un jardín delicioso, que cultivaban pacíficamente sus habitantes.

Poco á poco fué cayendo aquel estado floreciente, y se pensó, como era natural, en convertir á Melilla en una plaza fuerte, estratégica, bastante para albergar en su seno los elementos necesarios con que resistir cualquier agresión de lo rifeños.

Un pequeño río, llamado Oro, desemboca cerca de las fortificaciones de Melilla, y, tanto por los arrastres que ha ido depositando en la playa española del Mantelete, como por las obras hechas para su encauzamiento y los terrenos agregados á la plaza, con arreglo al último

tratado de paz, queda espacio suficiente donde levantar un gran pueblo.

El puerto es pequeño, pero bastante abrigado, y los moros cambian sus productos por mar y por tierra, sin dificultad alguna, cuando con ellos estamos en paz.

La propiedad urbana, sometida á las necesidades de una plaza fuerte, no ha tenido desarrollo en los últimos años. A fin de que no se explote á los militares, el comandante general está autorizado para fijar el alquiler de las casas.

Las calles son incómodas y desiguales, aunque limpias. Los edificios, que no llegan á ciento, carecen de esbeltez, y en muchos se notan los efectos del terremoto que asoló á Melilla en Febrero del 48. Tiene una iglesia parroquial, la de Nuestra Señora de la Concepción, el pabellón del clero castrense, la casa del comandante jefe de ingenieros, el Parque y la Maestranza, la torre del vigía, la botica y un hospital que contiene sesenta camas.

Cuenta además la plaza con almacenes subterráneos contruidos á prueba de bomba y capaces para conservar municiones y víveres con que sostener una guarnición de diez mil hombres durante un año; dos aljibes que dan agua abundantísima, una noria y una fuente.

Sus fuertes y castillos se comunican por caminos subterráneos.

NECROLOGÍA

M. Rdo. P. Fr. Dionisio Casanova, franciscano

Al dar la infausta nueva de la muerte de este orador preclaro, filósofo eminente, esclarecido teólogo é insigne canonista, acaecida en el pueblo de Meycauayan (Filipinas), escribe un periódico de Manila:

«¡Ha muerto el M. Rdo. P. Fr. Dionisio Casanova! Por los ligeros apuntes de su vida que á continuación publicamos, podrán juzgar los que no lo conocieron, la pena que debe embargar á la Corporación Franciscana á que pertenecía y á sus verdaderos amigos, entre los que nos contábamos.

«El Rdo. P. Fr. Dionisio nació en Consuegra el 17 de Noviembre de 1849. Sus padres de regular fortuna y ricos en religiosidad y en virtudes, supieron darle una digna y cristiana educación, resultado de la cual y de la gracia de Dios que le llamaba para sí, fué su vocación para el estado religioso, en el que ingresó en 1865. Pasado el año del noviciado, en el que se dió á conocer por su buena índole, por su carácter simpático y amable, por su amor al silencio, al retiro y á la virtud, y más que todo por su especial aptitud para las ciencias, empezó sus estudios con el interés y aliciente que en la soledad del claustro inspira el cumplimiento de un deber de conciencia; haciendo tales progresos, particularmente en la filosofía escolástica, que mereció ser calificado por sus propios Lectores con el glorioso nombre de filósofo profundo. A últimos de Abril de 1870 se embarcó por mandato de sus Prelados para estas islas, á donde llegó, después de los trabajos consiguientes á un penoso viaje por el Cabo de Buena Esperanza, el 16 de Septiembre del mismo año.

«Cuán vasta fuese su ilustración y cuán grande el concepto que de ella tenían formado sus Prelados, lo demuestra el simple hecho de haber sido mandado otra vez á España con el cargo de lector de Filosofía el siguiente año de 1871, sin que para esto fuera obstáculo la corta edad de veintiún años que á la sazón tenía. Tan luego como llegó á España empezó á explicar con solidez los cursos completos de Filosofía á los jóvenes Religiosos de la Comunidad de Pastrana, tomando por modelos y maestros á los

Doctores Escolásticos, y principalmente el maestro de la escuela Franciscana, el Dr. Sutil y Mariano, Vble. P. Fr. Juan Duns Escoto, en cuyas obras como en clarísima y purísima fuente, bebíó abundantísimos raudales de sabiduría que, después con singular habilidad transmitió á sus discípulos. Nombrado lector de Sagrada Teología en 1878, pasó á explicarla al Colegio de Consuegra, en donde permaneció hasta 1881, en que fué traslado al Convento de Almagro, para enseñar Historia Eclesiástica y Derecho Canónico.

«Los pueblos en donde están situados los conventos arriba mencionados, fueron ancho campo donde el P. Casanova ejerció su celo infatigable y sus singulares dotes para el sagrado ministerio de la predicación de la divina palabra, la cual salía de sus labios cual manso y tranquilo arroyuelo que se desliza por entre césped y flores unas veces, y otras, las más, cual torrente desbordado que todo lo arrastra en pos de sí, consiguiendo de este modo innumerables conquistas para el cielo, ya inspirado en las almas no pervertidas aún, la esperanza y el arrepentimiento, ya llevando á los corazones entpedernidos en el pecado, el temor y el espanto del inexorable y tremendo juicio de Dios. Pasados algunos años en tan apostólica y santa tarea, volvió á ser destinado por segunda vez á estas islas en el año de 1885.

«En 1886 fué nombrado secretario de Provincia, cargo delicadísimo que ejerció durante tres años, sirviendo con su reconocida competencia en todas las ciencias eclesiásticas como de faro luminoso al virtuosísimo P. Cabañas, á la sazón provincial, que se dignó llamarle á su lado y depositar en él toda su confianza, captándose con su carácter amable y conciliador las simpatías y el aprecio de todos sus hermanos de hábito. Por último, en 1887 fué nombrado Definidor de Provincia y destinado á ejercer la cura de almas del pueblo de Meycauayan (Bulacan), en donde ha permanecido por espacio de cerca de seis años hasta el día 14 del presente en que le sorprendió la muerte, sin duda alguna porque Dios ha querido ya premiar con la corona inmortal de los justos tantos trabajos y merecimientos.

«El que quiera saber cómo ha cumplido el P. Casanova con las múltiples y difíciles atenciones que lleva consigo el cargo parroquial en estas islas, pregunte á los hijos de Meycauayan, y ellos le dirán que á pesar de haber tenido casi siempre dos Padres coadjutores, llevaba siempre la mayor y más penosa carga de la parroquia, predicando todos los domingos una y hasta dos veces cuando así se lo aconsejaba su celo, pasándose días enteros en el confesonario, sin dispensarse más tiempo que el indispensable para comer y cumplir con el Oficio Divino, visitando á los enfermos y ayudando á bien morir hasta á los que habitaban á cinco y seis horas de distancia del pueblo. Nó, jamás olvidará Meycauayan á este su Pastor, sabio, celoso y prudente, que con tanto ardor trabajó siempre por su bienestar moral y social y por defender en todos los terrenos, sus derechos é intereses materiales.»

—El 29 de Agosto falleció en el Colegio de Santiago el H. lego Fr. José M.^o Pérez Varela, que había nacido en Las Nieves (Orense) el 9 de Febrero de 1869, y tomado el santo Hábito en dicha Comunidad el 21 de Junio de 1888. A principios del año actual había sido destinado á las Misiones de Marruecos, de donde tuvo que regresar al poco tiempo por haberle sobrecogido la enfermedad que le llevó al sepulcro. Fué Religioso ejemplar y muy mortificado, y recibió con gran fervor los Santos Sacramentos.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas.

Rufino Pérez, de Fuenlabrada, de Madrid.	105 ptas.
M. F. O., de Berroeta	10 »
Luis de Cuenca y de Pessino, de Tremp.	5 »
C. de L., en honor y gloria del Sagrado Corazón de Jesús.	15 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, PINO, 5, Barcelona